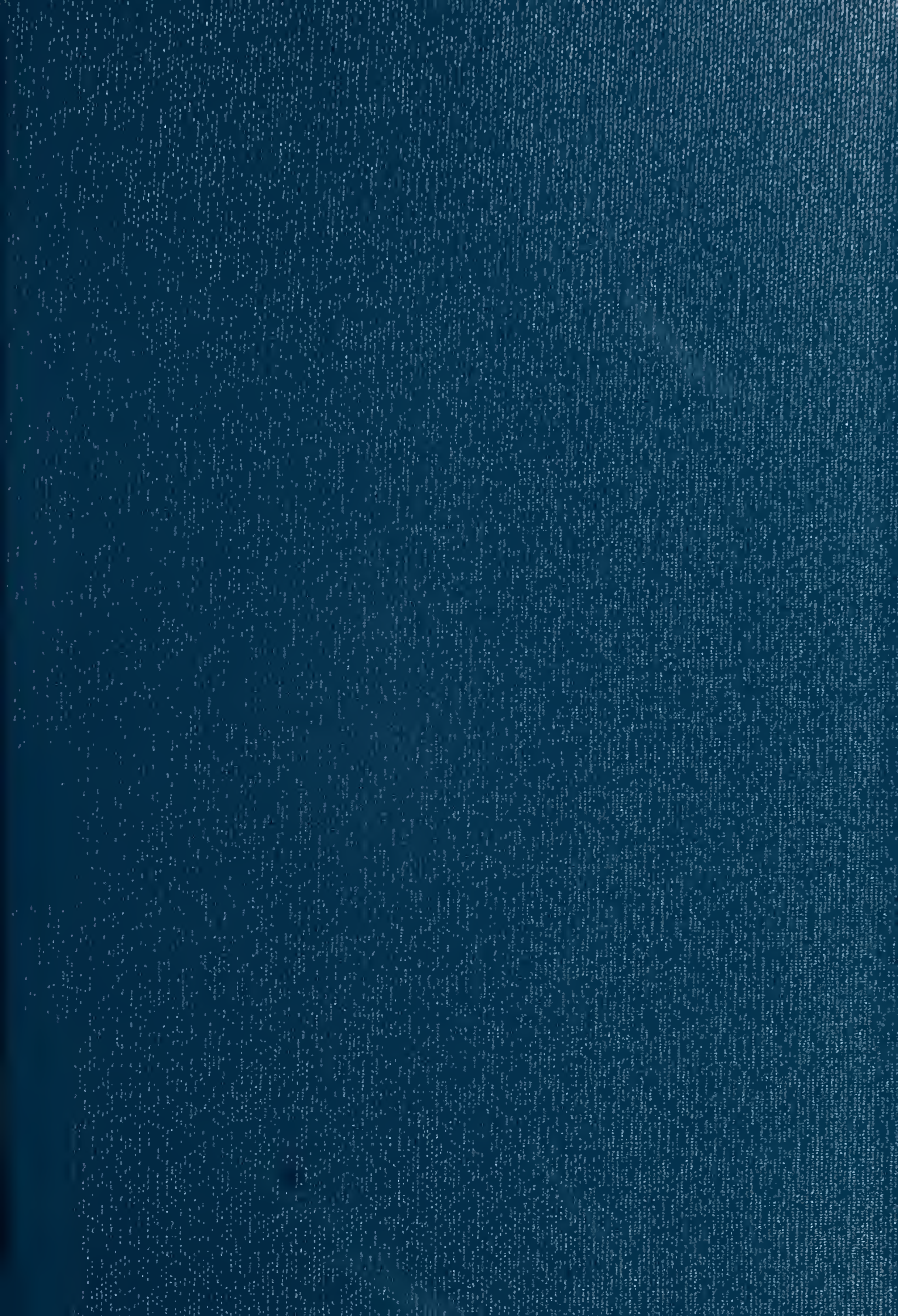
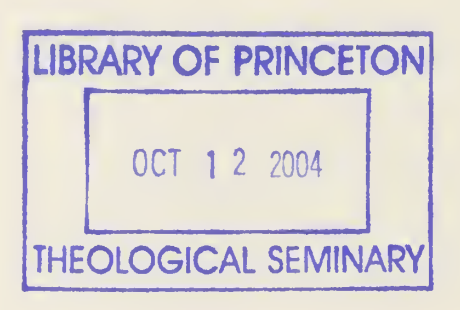
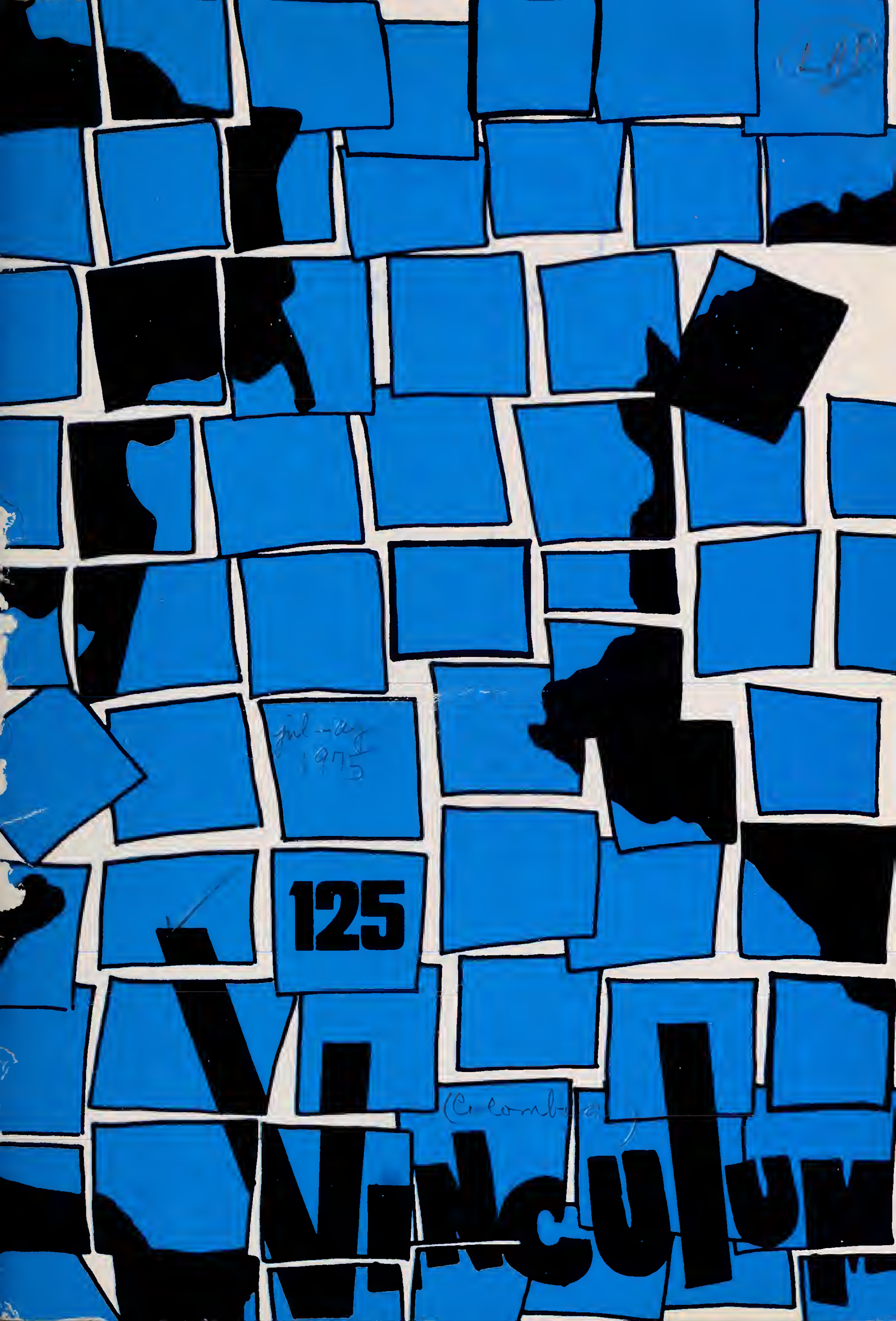





LAP
jul–ag
1975
125
(Colombia)
Vinculum

vinculum

ORGANO DE LA CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA

AÑO XXIII
1975

125

JULIO
y
AGOSTO

SUMARIO:

DIRECTOR:

P. Hernando Uribe, ocd

COLABORADORES:

Alvaro Panqueva, cm
Darío Restrepo, sj
Salvador López Sch.
Ricardo Baracaldo, cmf

Dirección y Administración: Calle 71 No. 11-14 — Bogotá, Tel. 35 88 84.

Resp. Mingobierno Lic. 657/53.

Tarifa Postal reducida No. 240 de la Administración Postal Nacional.

Editorial PAX — Bogotá.

PRESENTACION

Hablar de la Religiosa en el año internacional de la mujer es apenas natural y placentero. Siempre hay que pensar que el valor de la religiosa, lo que justifica su existencia, está fundamentado esencialmente en su calidad de mujer. No podemos abrigar la ilusión de tener y promover excelentes religiosas, donde las condiciones femeninas no alcancen una expresiva redondez de contornos y de madurez. A la mujer no se le aporta ninguna gloria obligándola a ser, por distorsión o atropello, lo que no le corresponde. Hay en ella de suyo tantos valores cuya sola promoción y florecimiento están demandando una tarea casi infinita. Descubrir esos secretos, imprimirles vitalidad y ponerlos a irradiar en la construcción de un mundo nuevo, significa comprometerse en una empresa tan atrevida como emocionante.

Es la misma mujer, y la religiosa lo es, la primera que tiene que tomar su propio destino en las manos. A ella corresponde descubrir el sentido de su vida, el aire de su vocación, lo mismo que el ritmo de su caminar, y ponerse con entera devoción —para eso es mujer— a dar plenitud a su existencia. Sobre meros deseos o esfuerzos menguados nunca se ha construido una obra importante. Si ninguna otra época ha sido tan interesante y fecunda para la mujer, tampoco ninguna la ha obligado a tan duros sacrificios como la nuestra. Es el terrible sacrificio de dar a luz, antes que hijos, una personalidad resistente, atrevida y bien contorneada.

¿Qué está haciendo nuestra religiosa para ser la mujer que queremos? ¿Qué está haciendo nuestra mujer para ser la religiosa que esperamos y necesitamos? Ortega y Gasset nos hacía caer en la cuenta de que sólo puede interesarnos una mujer que ha dedicado a su propia configuración largas horas de soledad y de silencio fecundo, al igual que ciertas cristalizaciones sólo se obtienen en lugares quietísimos, ajenos a toda trepidación, en que solo cuenta el estallido de la vida que crece. Y estas horas de reflexión son

también horas de oración y de profunda amistad con el Señor. Un encuentro permanente de identificación en que se ponen al descubierto las auténticas gracias femeninas que el hombre necesita y que dan plenitud y armonía al llamado trascendente de ambos.

La mujer colombiana está realizando un ímprobo esfuerzo de promoción. Y este esfuerzo tiene en las religiosas un exponente máximo. La religiosa colombiana es tal vez nuestra mujer que ha dedicado más tiempo, energías y aún dinero a su promoción. Esta promoción está costando sacrificios ingentes: dificultades en ver claro el camino que hay que recorrer, desconciertos vocacionales expresados y vividos en múltiples formas, falta de generosidad para asumir ciertas negaciones de renacimiento, búsqueda disimulada de intereses egoístas. Todo esto armonizado a veces por un vocerío sordo y desacompasado, que ha generado con frecuencia una barahúnda insólita en que es imposible distinguir entre las pasiones incontroladas y las nobles aspiraciones de crecimiento.

A las responsables de esta promoción femenina de nuestra religiosa les corresponde llevar a cabo una seria labor de decantamiento vocacional que llegue a distinguir entre la algarabía que procede de pasiones ciegas o entusiasmos irracionales, y la inquietud ardorosa de un corazón que entiende su realización vocacional como la capacidad de donación y de servicio por amor al Señor y en bien de los demás.

¿Qué esfuerzos necesita hacer nuestra religiosa para promoverse? ¿Qué sentido nuevo queremos dar a su vida religiosa? ¿Qué tendríamos que hacer para atraer a las jóvenes a esta forma de vida? No culpemos a las jóvenes de no interesarse por un destino serio. Preguntémonos más bien nosotros: ¿Me sentiría feliz donde estoy si tuviera veinte o treinta años menos? ¿Volvería a comenzar mi vida religiosa con el mismo entusiasmo de antes? ¿Me sentiría a gusto si teniendo veinte o veinticinco años y con buena preparación humanística y científica, recibiera lo que estoy brindando en este momento? Es decir, ¿no siento vergüenza de ser lo que soy aquí y ahora y estoy por lo mismo en condiciones de ofrecerlo a las demás? Ahí quedan esos interrogantes. Quien no le tiene miedo a la verdad, y es capaz de ser franco porque vive con franqueza, es capaz de contestarlos sin titubeos y preguntarse mucho más.

* * *

Con el deseo sincero de contribuir a la promoción de la religiosa hemos preparado este número de VINCULUM. Ha supuesto un esfuerzo importante de algunas religiosas. Ellas han querido dar un testimonio de su propia vida. Queda consignado aquí para bien de las demás. Y ofrecemos también el testimonio de dos religiosos: uno, desde su especialización psicológica nos plantea una serie de interrogantes; el otro, se interna en su carisma fundacional para descubrirnos vetas insospechadas de unos fundadores que tuvieron una sorprendente captación de la complementariedad hombre-mujer en su empresa eclesial.

LA DIRECCION

LA MUJER RELIGIOSA

María Agudelo, odn.

Escribo estas páginas con una actitud interior de gozosa libertad. No se me ha pedido, como otras veces, redactar teorías en las que me veo obligada a hablar de la "mujer religiosa" fríamente, objetivándola en un análisis, sino de una especie de alto en el camino para pensar lo que vivo como religiosa en cuanto mujer, y para tratar de expresarlo.

"Lo que vivo como religiosa en cuanto mujer". La frase, que no quiero tachar, me plantea el primer interrogante: ¿Es que puedo reflexionar aisladamente en mi "vivir religioso" o bien, de tal manera soy mi-ser-de-mujer, que no puedo disociar sino abstractamente los dos aspectos? ¿Y si esto es así, como lo pienso, en qué consiste éste ser-mujer que a tal punto —como ocurrirá también con el varón— tiñe mis actitudes todas, haciendo que cuanto vivo como religiosa lo viva como mujer?

Es un momento propicio para este tipo de reflexión. Como todas las mujeres del mundo, y dentro del contexto típico de la reflexión de la Iglesia Latinoamericana, las religiosas del continente nos estamos interrogando nuestro ser de mujeres cristianas, comprometidas públicamente en el servicio a la construcción del Reino, en una situación histórico-cultural densa en exigencias y esperanzas.

Es propicio también desde otro punto de vista: en los últimos años ha habido hallazgos, profundizaciones, interpretaciones —desde el punto de vista de la Biblia, de la Ontología, de la Antropología— capaces de alentar la reflexión y de propiciar actitudes en una línea nueva, distinta, mucho más rica y compleja que la trazada por el "eterno femenino" de Gertrude Von le Forte, o por Buyjtendick.

La síntesis de todo lo anterior, está permitiendo a la mujer situarse en una doble posición que no es ambigüedad, sino riqueza:

— Posición de igualdad fundamental con el varón, en cuanto imagen del Creador, con idéntica vocación como persona humana, con la misma dignidad sellada por la libertad;

— Reconocimiento de nuestro ser-de-mujer como una riqueza, a partir de la cual cada una se humaniza, afronta los problemas, realiza su vocación cristiana, transforma el mundo.

Todo esto, que coincide con el momento de cambio en las formas de vida religiosa femenina (y no casualmente, sino más bien formando parte de la mentalidad que anima dicho cambio), hace que la existencia concreta de una religiosa aquí y ahora, esté en el orden de lo que se busca y se innova, de lo que se afronta como un riesgo, de lo que se descubre como respuesta a anhelos muy hondos. Y todo este camino hacia maneras nuevas de vivir lo permanente, está siendo causa de magníficos hallazgos, de grandes sufrimientos, de alegrías aún mayores.

Leyendo el Génesis

En el aspecto bíblico, las recientes explicaciones del Génesis son estimulantes:

• El varón busca su realización en el dominio del cosmos y pone nombre a los animales; pero esto le hace sentir su soledad. Está separado hasta de sí mismo, sin el "Auxilio" de Yahvé, y Dios dice: "No está bien que el hombre esté solo, hagámosle una compañera semejante a él". Porque estar solo es no-estar-en-la-alianza.

• Y los "crea varón y mujer", es decir, pareja. "La pareja es símbolo de la humanidad y constituye la primera forma de comunión entre personas. Los hace partícipes de su propia Vida y les encomienda la tarea de poblar la tierra y de construir el mundo. Y, a través de esta mutua colaboración, lograr la plenitud de comunión con El, entre sí y con la creación". (*La Religiosa hoy en A. L.* CLAR, No. 13, 1972, pág. 26).

• Si leemos atentamente el segundo relato, nos damos cuenta de cómo la presencia de la mujer saca al varón de su propia soledad, le rompe su inmanencia. Yahvé sacó a la mujer del varón, se la presentó como ayuda adecuada . . . Ella es el "auxilio" que le permite ser él mismo.

• Ambos, varón y mujer, son el hombre, llamados a ser un nosotros, una alianza plena. Todo este capítulo nos permite comprender la diferencia en la igualdad, la distinción que no es superioridad ni inferioridad, y que determina la doble posición a que antes hice referencia. Leyéndolo en actitud de escucha, acabando de saber que el hombre —varón y mujer— fue hecho a imagen de Dios y, por lo tanto, con la misma vocación fundamental, uno descubre cómo la mujer está llamada a ser la presencia del "Auxilio" en la vida del hombre, TU del varón que permite a ambos descubrirse.

• Ver el significado real de la mujer, aceptar su misión, proyecta al varón, lo hace salir de sí mismo: "Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne" .,. .. rompimiento del egoísmo y de la autosuficiencia. De este modo, la Biblia nos presenta a la mujer como compañera, auxilio, signo de la presencia de Dios, realización plena del hombre en su comunión con Yahvé.

No está a mi alcance el hacer juicios globales históricos. Sin embargo, me atrevo a pensar que no es ésta imagen de mujer-compapañía, presencia-significativa, la que ha predominado en la historia de las civilizaciones, en las actitudes ordinarias de la gente, ni siquiera en la disciplina de la Iglesia católica. Y eso que todo historiador imparcial tiene que reconocer que la tradición eclesial hasta nuestros días, reconoce y defiende en sus

escritos con profundidad y claridad, la dignidad de la mujer.

En lo concreto de la Vida Religiosa femenina, por causas muy complejas y muy variadas, la imagen de la "Hermana", de la "Monja", había llegado a ser deformada y caricaturizada: ser alejado, sin conocimiento de la realidad; mujeres tímidas, elitistas, piadosamente buenas, dulces hasta el extremo; "compañía" y "significación" solamente para niños, ancianos y enfermos.

Quizás peco de optimista, pero siento que ésta es una de las imágenes que más rápidamente se está quebrando en América Latina: con posibilidad de expresarse en la Iglesia, regentando obras propias o ajenas, con puestos de responsabilidad en organismos eclesiales y oficiales, miembro activo de grupos pastorales, . . . en el altiplano de Bolivia y en la Puna del Perú, en las selvas del interior y en los caseríos de la costa, en las ciudades populosas y en las comunidades indígenas . . . empieza a hacerse realidad esa otra "Hermana", disponible, sencilla y alegre, pobre y conocedora de la realidad, con formas nuevas de contemplación y fraternidad. Una mujer COMPAÑIA, AUXILIO, PRESENCIA DE COMUNION.

Desde la Ontología

Desde la Ontología se nos ilumina también el problema existencial que plantea para nosotras la convicción de que somos iguales, la vivencia de que somos distintas.

Viviendo simplemente, y más aún al entablar el diálogo de pensamiento, de palabra, de trabajo, con personas de otro sexo, es fácil darse cuenta de que se dan *consonancias* —como si se tocara la misma nota—, *disonancias* —como si una se adelantara a la otra—, *resonancias* —como si se produjera la misma melodía a escala diversa—. Estos tres diversos momentos son los que me hacen pensar que dentro de mí se dan lo masculino y lo femenino. La obscuridad, el misterio, la profundidad, la interioridad, el sentimiento, la ternura, la receptividad, el poder generador . . . Pero también: la luz, el tiempo, el impulso, el orden, la exterioridad, el poder suscitador, la objetividad. Por un lado, reposo, inmovilidad, inmanencia, nostalgia del pasado. Por otro, agresividad, claridad, proyección al futuro.

A veces, frente a los otros, aparece el polo de la luz y de lo objetivo en nosotras; o en ellos, el sentimiento y la interioridad: *nos repetimos, nos reforzamos.*

A veces la falta de agresividad, claridad, exterioridad, encuentra su complemento, su estímulo, en la fuerza con que en el varón se producen; o bien, el misterio, la receptividad, el poder generador de un femenino muy acentuado, suscitan y educan en el diálogo mutuo: *nos complementamos.*

Por lo general, lo que observo en el vivir propio y ajeno, es que un mismo aspecto se da en intensidad diversa: lo femenino más en nosotras, lo masculino más en ellos: *nos armonizamos.*

Estas son experiencias que todas y todos hemos vivido, pero que no podían hasta ahora formularse claramente desde el ángulo de lo teórico, porque se identificaba varón con masculino y mujer con femenino, ignorando que los dos polos pertenecen a la vitalidad de lo Humano. Por eso, al usurparse el varón la dimensión masculina, se llegó a considerar como el único dueño de la lógica, del mando, de la presencia organizativa en la sociedad, relegándonos a la privacidad y a las tareas de dependencia, considerándonos a veces como meros objetos de adorno y de satisfacción. A lo más, haciéndonos "reinas del hogar", para quedarse con el resto.

Tarea de cada persona humana, dentro de su condición biológica sexuada, que tiñe ciertamente todo el ser, es integrar la masculinidad y la femineidad dentro de sí. En el proceso de la personalización tiene que entrar el diálogo de las dos dimensiones. Quien desarrolla exclusivamente lo masculino se hace racionalista, frío, objetivo; la femineidad exacerbada, hace aparecer lo irracional, lo pasional, lo caótico. Sólo la conjunción de ambos produce la vida en su armonía.

Esta tarea de integración se hizo difícil dentro de la Vida Religiosa de ciertas épocas, por las estructuras de aislamiento impuestas por la cultura ambiental. Al mundo eclesial del varón: religiosos, sacerdotes, obispos, instituciones jerárquicas, le está haciendo falta el aporte y el despertar de lo femenino. Desde luego que también la inversa es verdadera.

El enfoque de la Antropología cristiana

Vocación . . .

La vocación humana fundamental de varón y de mujer, la vocación cristiana esencial, la forma característica de cada sexo para vivir estas vocaciones, suponen en ambos afrontar sus problemas propios con lucidez y superarlos a partir de una elección propia.

La libertad está en el corazón de la vocación. Para que se pueda hablar de vocación, es preciso no estar determinado en relación con la misión, poder realizarla a nivel humano a partir de circunstancias históricas, utilizando los dones propios.

La noción de vocación es universal, se dirige a todos los seres humanos, funda y justifica la existencia. Hechos todos —varón y mujer— a imagen de Dios, la vocación fundamental es una llamada a entrar en la vida divina, que trasciende toda diferencia de raza, condición social, sexo. Para el creyente, la relación interior entre el hombre y Dios que llama, es un diálogo entre dos libertades, relación de Persona a persona, que surge en lo esencial, más allá de toda tarea, de toda función.

Vocación y tareas . . .

La situación existencial vivida por toda mujer, que aparece ante todo a través de su función biológica, en el más rico sentido del término, es la que lleva a confundir función con vocación y a identificar a la mujer con su tarea de esposa y de madre, las cuales son realizaciones concretas de la vocación ontológica y cristiana.

Las tareas no pueden hacer de nosotros un medio, sino convertirse en medios para responder al amor de Dios . . . Es un diálogo personal, por encima de toda motivación expresable, en el que los servicios, las inserciones, las funciones, se valorizan por lo infinito de la Presencia que los hace ver en su justa dimensión, como respuestas y no como destino. Por todo eso, la vocación fundamental sitúa la respuesta total más allá de toda diferenciación sexual, que es un MEDIO, un LENGUAJE, un SIMBOLO, tanto para el varón como para la mujer.

La imagen . . .

Pero ciertamente, para la Antropología tampoco se trata de ser idénticos, sino de vivir como iguales la vocación fundamental, en libertad y responsabilidad. Se trata de construir el mundo en forma integrada, no haciendo de la mujer un ser en competición con el varón, pero tampoco acomodándonos al tipo de mujer descrito por la cultura. Se nos van haciendo insoportables los términos usados tradicionalmente para describirnos: sumisión, dòcilidad, inferioridad de inteligencia, su-

perficialidad, capricho, susceptibilidad, etc. Una cosa es, ciertamente, lo que la cultura ha ido forzando a la mujer a que sea y otra lo que estamos llamadas a significar.

Las mujeres cristianas de América Latina "estamos insistiendo en la necesidad de personalización, de búsqueda de camimos para la realización de la vocación humana fundamental, de la vocación personal de cada una, del ambiente propicio para un desarrollo cultural que posibilite su aporte al mundo del espíritu y a la liberación integral del hombre del continente. Nuestro dominio no es meramente lo biológico, sino lo humano; la libertad, y no la costumbre". (Seminario Latinoamericano de mujeres católicas. Bogotá, junio 9-13, 1975. Conclusiones de un grupo). No es un momento fácil: maduración progresiva, búsqueda seria, consiguiente cambio de patrones, de estructuras, de imagen. Momento importante para nosotras religiosas. Nos toca de cerca y podemos aportar en gran medida.

Mujer religiosa . . .

Así como, en los casos extremos, la educación de la mujer se hacía de tal manera que lograra responder a lo que la cultura exigía de ella, hasta dejar en cierto sentido de ser un fin para colocarla en la línea de los medios, así en la formación para la Vida Religiosa se tenía un patrón cultural y religioso que hacía de la mujer consagrada alguien que —también en casos extremos— era instrumento de servicio para los religiosos varones, los sacerdotes, los agentes pastorales laicos. Alguien disminuido, especie de obrera no-cualificada que cuanto más silenciosa, obediente, sin iniciativas, escondida, más se acercaba a la meta de la religiosa perfecta.

Pero ahora todos, y en primera línea el propio magisterio eclesial, reaccionamos frente a los rótulos puestos por la educación y las costumbres, respecto a lo que es ser varón y ser mujer. Vivimos en esta década del 70 el momento de la toma de conciencia, de la interrogación, de la conquista de la identidad.

Frente a la pasividad, el servicio oscuro, el segundo plano, la dependencia en las costumbres, la legislación hecha por varones, la no-intervención, la ineludible asesoría masculina, el aislamiento del mundo, ahora vivimos nuevas responsabilidades, hemos estudiado, se dialoga con nosotras, colaboramos y, en los ambientes más penetrados de cambio, se nos tiene en cuenta. Volviendo la mirada de nuevo hacia el segundo relato del Génesis, estamos reconquistando nuestro puesto de AUXILIO y PRESENCIA EN LA COMUNION.

¿Ser-para-el-otro . . . ?

La vida religiosa concreta que me ha tocado y que veo vivir a otras muchas, me acentúa la convicción de que —al contrario de lo que muchos afirman— se puede encontrar en ella una dialéctica constructiva de la persona, a partir de determinaciones reales, si se vive la noción personalista, trinitaria, eclesial, de vocación.

Como no es posible existencia auténticamente humana sin libertad, puede haber una ambigüedad en la forma de aceptar y asumir como vocación cristiana de la mujer la de darse, la de ser *alguien-al-servicio.* Lo realmente importante es ser uno mismo para el otro, a partir de una decisión propia. El FIAT de María, tan socorrido en una cierta literatura para recomendarnos "sumisión", es el mismo FIAT Creador, en cuanto posición de acto libre. No destino inscrito en la naturaleza, sino vocación ofrecida en consentimiento.

Frente a la tarea eclesial que nos corresponde como religiosas, nosotras experimentamos que hay en el fondo de las

actitudes una diferencia que no es simple matiz: el dón de uno mismo, la generosidad, la abnegación, el servicio, el amor, la paciencia, la protección, la renuncia, que tienen un sentido para TODO DISCIPULO DE CRISTO, encuentran en el-ser-de-mujer, una MODALIDAD PRIVILEGIADA para comportarse evangélicamente. Hay aquí, sin duda, una significación qué desvelar a todos, un valor para ser expresado, un sentido agudizado para hacerlo brotar en la economía del plan de Redención.

Celibato . . .

Para la Antropología es evidente que la mujer, para que aparezca su valor propio como persona humana y no sea simplemente lo que puede realizar por su biología, ha de hacerse libertad en el seno de la relación de pareja con un varón determinado —asumiendo sus tareas de esposa y de madre como vocación personal— o ha de hacerse "paradoja y escándalo" haciéndose también libertad más allá de sus funciones específicas.

El celibato libremente asumido permite captar el valor de la mujer en sí. *Toda mujer realizada* manifiesta que su fin esencial, el sentido de su ser de mujer, no es precisamente el varón, ni la maternidad, sino que su libertad hace que —a través de estas realidades o sin ellas— crezca en humanidad.

Una mujer célibe que ha conquistado su libertad personal, rica en valores morales, intelectuales, espirituales, puede ser eficaz en la sociedad humana y eclesial. Situada en un universo formado por varones y mujeres, sin realizar personalmente la relación exclusiva con tal varón, no está sin embargo excluida de esta sociedad ni de sus relaciones fundamentales en las que participa, de manera fecunda, desde su propio plano . . . Puede conducir a los varones que tiene a su alrededor a reconocerla en sí misma, en relaciones que no se sitúan en lo sexual, ni en la posesión. No "pertenece" a ningún hombre, pero puede, a cada instante, compartir libremente la amistad, en la gratuidad. No se trata de camuflage, de escape, de compensaciones a instintos frustrados, de decepciones, sino de una afirmación ardua y problemática de la dignidad fundamental del ser humano.

En ambas formas: maternidad o virginidad asumida como vocación, la mujer testimonia valores trascendentes y niega el carácter de instrumento, de mercancía. En el plano profundo de la vida espiritual, se trata de la misma cosa: cumplir la vocación humana y cristiana.

Celibato religioso . . .

El varón y la mujer sólo se personalizan en forma radical, si se dejan sumergir juntos en un Misterio mayor que su mutuo amor: abriéndose al Absoluto y acogiéndolo en su existencia. La integración siempre amenazada de lo masculino y de lo femenino, depende —como diría S. Exupery— de su capacidad de mirar juntos en esa dirección trascendental.

A partir de este Absoluto se debe entender también y muy especialmente, el proyecto de vida religiosa que coloca la búsqueda insaciable y total de Dios, como eje de su existencia. El voto de castidad no surge de ausencia, sino de presencia de amor. Así, y en la medida de la fidelidad, se convierte en uno de los símbolos de lo que será la vida en el Reino, en donde Dios lo será Todo en todos y lo masculino y femenino encontrará su radical y último sentido. El celibato consagrado es intrínsecamente profético, anuncio del amor oblativo, de solidaridad total, de relación directa a Dios y a la comunidad del Cuerpo Místico.

En la concretez de nuestra vida de mujeres religiosas, el crecimiento personal

se hace, como el de todo ser humano, ascendiendo en la madurez del amor, abriendo el círculo continuamente, dándonos y superándonos. Así como el amor de la pareja conyugal es símbolo del don Absoluto cuando no se cierra sobre sí, ni es sordo a los otros, ni excluye los intereses universales . . . así la virginidad por el Reino se tiene que convertir también en símbolo del sentido del amor, efusión divina, seriedad frente al valor de la persona, dimensión universal del ágape de la Caridad.

Pero esto supone conversión interior en muchas de nosotras y cambios profundos en algunas de nuestras estructuras. Ciertamente, TODAS las Congregaciones femeninas —a ritmos distintos— han emprendido la tarea de la renovación para ofrecer profundización, ambiente de oración y fraternidad con formas nuevas, posibilidad de afirmar el propio valor, de insertarnos útilmente en la sociedad, de colaborar en la construcción de un mundo más humano, más integrado.

No es posible aún llegar a conclusiones concretas sobre detalles de hecho . . . Estamos en una evolución, una maduración, una búsqueda que hay que respetar. El religioso repiensa constantemente sus riquezas, se confronta con los hechos humanos y con el designio de Dios, saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.

Algunas conclusiones

Ser plenamente uno mismo, auténticamente mujer,. radicalmente centrado en Jesucristo, totalmente al servicio del Reino . . . exige un continuo hacer aparecer valores en el universo humano. Valores que son universales, desde un ángulo, cristianos, en la óptica en que los miramos. Valores que sólo pueden llamarse femeninos en cuanto nos son más accesibles en función de nuestra situación existencial y que sólo pueden llamarse de vida religiosa en cuanto que ésta es una forma de vivir el Bautismo que radicaliza la fe. En ninguno de los dos casos, se trata de exclusividad y monopolio, sino de una manera de hacer surgir los temas, de vivir intensamente las opciones, de comprometerse.

En la situación que vive la Iglesia Latinoamericana, una innovación en este terreno será decisiva: la promoción y personalización de la mujer religiosa contribuirá a la liberación integral del hombre —varón y mujer— y hará así más fecunda la labor evangelizadora.

Las mujeres que en el continente estamos deseando actuar cada vez mejor nuestra vocación de entrega y nuestras potencialidades para ello, somos cada vez más numerosas, y todas las posibilidades que se nos abren contribuyen realmente al cristianismo renovado. La Iglesia tiene a su disposición este contingente, con formación, experiencia directa en la evangelización, dedicación exclusiva, mística femenina y religiosa. Es esto lo que está anunciando un cambio en el aspecto de los ministerios, para que éstos se establezcan de un modo más ligado a la vida real de las comunidades cristianas, menos especializado en una carrera académica, más centrado en la evangelización y en el compromiso comunitario con el medio social.

EL SUPERIOR GENERAL DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD

¿Un desafío al feminismo?

Alvaro Panqueva C.M.

A más de un religioso que ha oído decir cómo el Superior General de los Padres Vicentinos es también el General de la Compañía de las Hijas de la Caridad, y cómo éstas tienen en cada provincia un padre vicentino como Director con la categoría de superior mayor, le resulta al menos incomprensible esta "figura jurídica"; a algunos inclusive les sabe a paternalismo, o, en lenguaje criollo, a "machismo" que se ha filtrado entre tradiciones muy valiosas pero que no se justifica "hoy". No trato aquí de hacer una defensa de esa institución, sino de presentar sus orígenes en el proceso histórico de configuración del carisma vicentino, y de esbozar lo que significa realmente esta forma de gobierno, desde luego muy singular en la Iglesia. Y que los lectores, y sobre todo las lectoras, juzguen.

1. El sustrato antropológico

"Dios se vale para conservar sus obras de los mismos medios de que se valió para hacerlas nacer". Este era un decir muy grato a San Vicente de Paúl pues en él resumía su visión de fe de muchas realidades que le tocó trajinar; a mí me sirve para hacer caer en cuenta del origen que tiene esta singular institución de un Superior General de una comunidad clerical no religiosa como Superior General de una comunidad femenina de vida apostólica exenta y sin votos religiosos. Para entender lo que hoy vemos conservado como obra de Dios, fijémonos en los medios de que Dios se valió para hacerla nacer. Y este medio providencial fue la unión de Vicente de Paúl y Luisa de Marillac en una vida plenamente dedicada al servicio de los pobres. Antes que la firmeza y claridad de las instituciones jurídicas, o que la fuerza de una tradición o que el prestigio social de una obra, hay que mirar el encuentro providencial de un hombre y una mujer que se realiza-

ron y que hicieron fabulosamente fecundas sus vidas en darle a la Iglesia esta herencia que son las Hijas de la Caridad. "Miraculum haereditatis", el milagro de su herencia, fue el que sustituyó en el proceso de canonización de Luisa de Marillac uno de los requeridos portentos para llegar a los altares.

El era oriundo de la clase campesina de Francia a fines del siglo XVI; y había venido escalando ambiciosamente los peldaños de la riqueza y la importancia en la sociedad dentro de la carrera clerical, la que más obviamente se ofreció a sus modestos alcances iniciales y la que mejor encuadraba con su natural piadoso y bien inclinado. Pero una vez tuvo a mano la riqueza y se asomó a los horizontes del poder, los golpes de la vida en los que supo discernir la voluntad de Dios lo condujeron paulatina y simplemente a optar por el servicio al pobre como ruta de seguimiento de Cristo "que tuvo como misión sentirse llamado a evangelizar a los pobres". En este momento (1623-1626) de recorrer con sus primeros seis compañeros los campos de Francia en función "misionera" y de organizar las Cofradías de la Caridad, asociaciones de laicos al servicio de los pobres enfermos, lo encontró Luisa de Marillac, "Mademoiselle Le Gras" como se le llamaba por ser la esposa de Antoine Le Gras, secretario de la Reina Regente María de Médicis.

Una mujer sensible, meditativa, educada en un refinado sentido de Dios y de la piedad, en medio de su holgada posición en los confines de nobleza y burguesía, se debatía en angustias de espíritu. "El día de Pentecostés —4 de junio de 1623, escribe ella, estando en Saint-Nicolas-de-Champs durante la santa misa, en un instante mi espíritu fue iluminado acerca de estas dudas (si habría faltado a la palabra empeñada a Dios de entrar en religión, 16 años antes . . .). Fui advertida de que debía permanecer con mi marido y de que llegaría un tiempo en que estaría en condición de hacer voto de pobreza, castidad y obediencia y viviría con personas de las cuales algunas harían lo mismo.Comprendía que estaría en un lugar dedicada a socorrer al prójimo, pero no entendía cómo podría suceder esto, ya que tendría que ir y venir . . . "- Le resultaban contrapuestas las perspectivas de hacer votos, cosa entonces exclusiva de religiosas enclaustradas, y de estar al servicio de los pobres "yendo y viniendo" libremente para atenderlos. En este fondo de angustia y nostalgia de claustro se moverá por algún tiempo Luisa de Marillac hacia su vocación de fundadora de las Hijas de la Caridad, siervas de los pobres enfermos.

Ese mismo año entraría ella en conocimiento de Vicente de Paúl. La muerte de su esposo (21 de dic. de 1625) la abriría más a "abandonarme enteramente al designio de su santa Providencia para el cumplimiento de su santa voluntad en mí . . . "; y los consejos y llamadas apostólicas de su nuevo director espiritual la harían cada vez más próxima a los pobres y más capaz de irradiación no sospechada.

La seguridad de Vicente de Paúl para desencantarla del claustro y para ayudarle a superar las preocupaciones excesivas por el hijo de su matrimonio con Le Gras, serán la clave de su perseverante búsqueda de lo que intuyó en Pentecostés de 1623. La fina sicología, inspirada en el afecto y matizada de energía y comprensión, que el santo va a desplegar para orientar a la joven viuda Le Gras, logrará entre ellos, por encima de distancias de origen y temperamento, una sólida amistad y un amor verdadero entre hombre y mujer, con los kilates de ternura, firmeza y heroísmo que la caridad confiere a un afecto humano que ella asume. Pero a su vez las intuiciones rápidas y la insistente llamada de Luisa de Marillac en lo que ella creía ser la voluntad de Dios, dieron seguridad a la orientación vicenciana y llevaron adelante esa intrepidez de los creadores carismáticos en medio de una Iglesia y un mundo fijados en estructuras jurídicas aparentemente

impenetrables e inconmovibles. Aquí está la base humana, el secreto de orden antropológico que la gracia pone en juego cuando nos sorprende con alguna gran creación de tipo carismático como ésta que nos ocupa.

2. El momento carismático

Vicente de Paúl fue un auténtico *profeta del papel social que la mujer puede desempeñar* en la comunidad humana. No partió explícitamente de análisis sicosociológicos ni de cuestiones teológicas sobre el apostolado de la mujer en la Iglesia, pero a partir de las situaciones pastorales obró con la finura de un sicólogo y la profundidad de un pastoralista. Eso es la profecía. Así discurren los verdaderos carismáticos. Un día en su parroquia de Chatillon-les-Dombes, ante una urgente necesidad de los pobres, un grupo de feligreses —que luego llegarán a ser casi exclusivamente feligresas— se constituye en la primera Cofradía de la Caridad, que tendrá pronto su reglamento organizativo, su aprobación del Arzobispo de París y hasta la de Urbano VIII en 1633. Sobre esta "institución", la Cofradía o la Caridad como se la llama entonces, pretendió poner en marcha Vicente el movimiento de caridad hacia el pobre que él y sus misioneros levantaron en Francia.

Las Caridades necesitaban coordinación, animación. En 1629 se pone en camino *la primera visitadora social* de Francia, Luisa de Marillac, enviada y fortalecida por Vicente, para que visite las Caridades que él organizaba al término de cada una de las "misiones" que predicaba con sus sacerdotes. Así se soluciona momentáneamente la imperfección de la institución. Porque las Caridades han conquistado a las damas de la burguesía y aún de la nobleza y de la corte en París y otras ciudades; se van formando élites cerradas que emulan en hacer el bien; no se les pueden pedir gestos heróicos a ritmo cotidiano a estos seglares; hay atomización de esfuerzos . . . Se precisan personas de tiempo completo, dedicadas por vocación al servicio del pobre, sin ascos ni limitaciones en su capacidad de entrega. ¿Dónde están esas personas y cómo formarlas y organizarlas? La Providencia, frente a la cual Vicente ha tomado la actitud definida de "no adelantársele ni atrasársele", les iluminará la ruta mediante la vocación típicamente carismática de Margarita Naseau, joven campesina que abandona su tierra atraída por la posibilidad de dedicarse plenamente a instruir a los niños pobres y cuidar a los enfermos, y se pone a disposición de nuestros dos santos. Sólo tres años trabaja esta primera Hija de la Caridad, que fallece víctima de su celo en marzo de 1633. Pero su ejemplo ya ha suscitado otras vocaciones entre las aldeanas de los alrededores de París y se ha formado ya un primer grupo de *auxiliares voluntarias de las Caridades.*

En tres años de experimentación Vicente y Luisa ven con toda claridad lo necesarias que son estas jóvenes auxiliares. Pero con no menor fuerza perciben la necesidad de darles una formación previa, de sostenerlas espiritualmente y de unirlas en torno a una autoridad más continua y eficaz que la de las Caridades, a las cuales siguen perteneciendo. ¿Reunirlas en comunidad para que reciban una formación y apoyo espiritual, y lanzarlas luego a las calles y a los hospitales? Vicente vacila. No sólo conoce bien el derecho canónico sino la mentalidad de sus contemporáneos y la realidad de la vida religiosa. Tiene que resolver el asunto sin caer en ninguno de estos *dos grandes escollos: convertir a las Hijas de la Caridad en religiosas* con todas las consecuencias jurídicas de votos solemnes, clausura, etc, que serían la muerte del servicio al pobre o *reducirlas al tipo clásico de cofradía* o asociación piadosa, que no les permitiría el grado de universalidad y de unidad central requerida por el objetivo apostólico. Luisa de Marillac, quien no cesa de apoyar y hasta de

instar a S. Vicente, revela aquí su carácter intuitivo y perseverante. Los problemas jurídicos la inquietan mucho menos a ella que a su director; ella se guía únicamente por el fin que desea lograr. Finalmente el 29 de noviembre de 1633, sin que medie ningún permiso o solemnidad jurídica, se reúne en casa de Luisa de Marillac un grupo de servidoras de los pobres que ya habían hecho su experiencia en las Caridades, y se abre así la primera casa de Hijas de la Caridad. Durará trece años esta experiencia. Así es la capacidad de búsqueda y el sentido de la Providencia que los anima. Jurídicamente continúan en el esquema de la Cofradía. Vicente tiene permiso del Arzobispo y del Papa para erigir Cofradía. No hay preocupación en este *momento* por lo canónico, por la ubicación dentro de los esquemas del derecho. Con santa libertad, internamente, se van creando *estructuras existenciales comunitarias* en que el grupo va viviendo la llamada del Espíritu a estar en comunión para la misión de servicio al pobre, y va expresando las características sobresalientes de lo que está siendo un nuevo instituto en la Iglesia pero "sin que ni yo, ni Mademoiselle ni menos el Sr. Portail —inmediato colaborador del santo— lo hayamos pensado". Veamos *algunos de estos rasgos característicos:*

Una vida en comunión para la misión. Desde su punto de vista misionero Vicente de Paúl busca el objetivo de servicio al pobre e infunde la mística y el espíritu de una plena dedicación a él; y desde su sentido profundo de la oración y la piedad, y con su cultura y fineza de madre de familia y ama de casa, Luisa de Marillac plasma una tradición de vida comunitaria inspirada en el Evangelio y programada en función del trabajo asistencial al pobre. No hay al principio un reglamento para todas las comunidades sino uno para cada una según las situaciones. La autoridad de Vicente de Paúl es algo que sin formularse se vive y se siente como necesidad vital; las estructuras obvias de cargos y responsabilidades, de administración y consejo, van surgiendo paulatinamente de ese derecho natural que tiene todo grupo humano de organizarse y expresarse. No es el momento jurídico. Pero es el origen mismo de la futura autoridad de S. Vicente y de sus sucesores sobre la Compañía de las Hijas de la Caridad; este *espacio de libertad carismática* se irá ensanchando y precisando con el crecimiento de la comunidad y llegará a brotar de un principio jurídico. Las Hijas de la Caridad desde los orígenes de su vida comunitaria han tenido como elemento esencial la presencia activa de Vicente de Paúl, que en sus susesores se prolongará hasta hoy. Fue *primero una vida antes que una ley*. Y es desde esta vida desde donde deben juzgarse las leyes posteriores.

Es hacia el fin de esta experiencia de 13 años cuando entrambos Vicente y Luisa redactan el reglamento de 1645 en que todo el esfuerzo se ve concretado en estas dos líneas de acción: la misión apostólica debe cumplirse en estricta obediencia a los "eclesiásticos" —obispos, párrocos— que dirigen la pastoral, y la vida interna de la comunidad debe depender de lo que decidan los superiores de la misma.

Una comunidad laical. Están ya lejos los movimientos subconscientes de Luisa de Marillac hacia el claustro. Ambos convienen ahora fuertemente en la dimensión laical de la comunidad naciente. No se trata ni de crear una vida religiosa partiendo del laicado, ni de proyectar la vida del claustro por caminos laicales.' De ambas tentativas y de sus respetivos fracasos o semifracasos fue testigo Vicente. Baste esta muestra: "Hermanas mías, dice a las Hijas de la Caridad, se juzgó oportuno que conservarais el nombre de asociación o cofradía por miedo a que si se os daba el de congregación hubiera quienes quisieran en el futuro cambiar la casa en claustro y hacerse religiosas, como hicieron las Hijas de Santa María (las visitandinas) . . . Decid que deseáis obtener la corona que Dios había reservado a las Hijas de Santa María". Hacerse Hija de la Caridad no es consagrarse

separándose del mundo, sino entregándose al mundo; es liberarse de muchos impedimentos, para lograr una entrega total a fin de "cuidar a los enfermos sin discriminación de personas ni de lugares, y recoger a los pobres niños expósitos, a los pobres forzados, cosa jamás emprendida por una comunidad religiosa". Citemos, por lo típico y por lo ilustrativo, el "caso" estudiado en el "Consejo tenido el 28 de junio de 1646 con Mademoiselle Le Gras y las Oficialas" sobre si debía haber o no en la Casa Madre *un locutorio*, y, en caso afirmativo, *si con rejas*. Vicente empieza valorando las razones en favor del locutorio, aportadas por Luisa de Marillac, luego expone sus temores, y, pasada la discusión, concluye: "Pues bien, Hijas mías, creo que es bueno que tengáis un locutorio, pero no es conveniente que tenga rejas; pues cuando vieran eso dirían: "ya no falta sino cerrar la puerta". Y bien puede ser que dentro de algún tiempo saltara alguna que dijera: "Mejor estaría que fuéramos religiosas". Las otras escucharían y no sabemos a dónde iríamos a parar. Por ahora nada hay que temer. Pero hay que tratar de remediar lo que pudiera acontecer, pues, mis queridas Hermanas, eso sería todo lo contrario de lo que Dios pide de vosotras". Todo queda bellamente dicho en el artículo segundo del reglamento que escribió el Santo para las hermanas que van destinadas a parroquias: "Considerarán que no se hallan en una religión, *no siendo conveniente tal estado para las tareas en que se emplean*. Sin embargo, dado que están más expuestas a la ocasión de pecar que las religiosas que observan la clausura, pues no tienen por monasterio sino las casas de los enfermos y aquella donde reside la superiora, por celda un cuarto tomado en alquiler, por capilla la iglesia parroquial, por claustro las calles de la población, por clausura la obediencia en cuanto que sólo pueden ir a visitar a los enfermos o a aquellos lugares que conduzcan al servicio de éstos, por verja el temor de Dios, por velo la santa modestia" . . .

Una espiritualidad de la acción. En este momento, que estamos llamando carismático, del proceso de fundación, es cuando *la influencia espiritual de San Vicente más se manifiesta* en la formación que les da para su vida exigente y originalísima. Es un *proceso dialogal* en que los temas van saliendo de la vida, en que Luisa de Marillac ocupa lugar primordial para presentar las cuestiones, dar su opinión, pedir una explicación. El punto más serio es el de lograr una exigencia real de perfección cristiana por la vivencia de "las máximas evangélicas" sin necesidad de transplantar o copiar malhadadamente los modelos de la vida religiosa. Lucha ardua y complicada, contra cantidad de complejos religiosos y claustrales que sembraban la desconfianza en la posibilidad de una santidad laica. Todo se inspira en el servicio al pobre. Fijémonos en la escala de valores que representan estos dos párrafos del Reglamento de 1645: "Serán muy fieles y exactas en observar el presente reglamento y también las laudables costumbres y la manera de vivir que han tenido hasta el presente, particularmente en cuanto se refiere a su propia perfección". - "Pero recordarán que es preciso siempre *preferir a sus prácticas piadosas el servicio de los pobres* cuando la necesidad y la obediencia las llama a ellos, representándose que de esta manera dejan solamente a Dios por Dios". Es la valoración profunda y responsable de este aporte espiritual lo que convence plenamente a Luisa de Marillac de la absoluta necesidad de conservar una dependencia de Vicente de Paúl y de sus sucesores en el superiorato de los vicentinos, como elemento clave del carisma fundacional. Este es otro "secreto" de la gracia.

3. El momento institucional jurídico.

Tenía que llegar por fuerza de la misma vida el momento en que estas estructuras existenciales lo fueran jurídicas, dentro del contexto de la época. 1646 es el año de la

primera madurez. Juan Francisco de Gondi, Arzobispo de París, erige en Cofradía "a la dicha unión de doncellas y viudas con la denominación de Cofradía de la Caridad de las servidoras parroquiales de los enfermos pobres", aprueba su reglamento, y todo bajo la doble cláusula de que "dicha compañía esté y permanezca perpetuamente bajo la autoridad del arzobispo de París" y de que incumbirá al ordinario de París nombrar, como delegado suyo y director de la Cofradía, a un eclesiástico, que será "nuestro querido y bienamado Vicente de Paúl, mientras quiera Dios conservarle la vida". Hay avances notables y hay interrogantes que preocupan, todo como floración de los años pasados de experiencia carismática. Se logra una personería jurídica independiente de las Caridades, pero al mismo nivel y con la misma figura jurídica de las Caridades; se tiene una aprobación como comunidad con autoridad propia, pero bajo la dependencia del arzobispo de París; se nombra a Vicente de Paúl director de la obra a título personal, pero nada hace esperar que sus sucesores podrán tener el mismo encargo. Luisa de Marillac no está satisfecha, está seriamente preocupada, y así lo manifiesta a fines de dicho año a Vicente de Paúl: " . . . no nos será perjudicial en el futuro una dependencia de monseñor tan absolutamente expresada dando pié a que se nos sustraiga a la dirección del superior general de la misión? . . . en nombre de Dios, Señor, no permitáis que ocurra nada que se preste lo más mínimo a sustraer la compañía a *la dirección que Dios le ha dado*, pues tenéis la seguridad de que *cesaría de ser la misma, y los pobres enfermos no tendrían quien los socorriese"*. Las razones que expone la Santa son muy claras y brotan de una convicción profundísima de que *pertenece a la esencia del carisma fundacional la dirección del superior general de la Misión*, a quien la Santa considera lógicamente como depositario del espíritu de Vicente de Paúl que deberá siempre animar las comunidades por él fundadas. Estamos en la clave del problema. Como diríamos hoy, Luisa de Marillac movió cielo y tierra para que las cosas cambiaran allá en ese terreno de lo jurídico que ella poco conocía pero cuyos peligros e influencias adivinaba a siglos de distancia. Nada menos que la *identidad* de la compañía y el bien de *los pobres* enfermos estaban en juego. Por eso pasaron cosas interesantísimas entre esta aprobación del 1646 y la de 1655 que vino a subsanar sus fallas: se pierde el documento de 1646, cosa que no aflige a la Santa, y mueren el procurador real y su secretario, autores materiales del documento; la propia Reina Ana de Austria acude al Papa Urbano VIII pidiendo que la dirección de la cofradía de las Hijas de la Caridad quede confiada definitivamente a Vicente de Paúl y a sus sucesores, los Superiores Generales de la Misión. En 1655 todo queda en que se confirma la suprema jurisdicción del arzobispo de París sobre la compañía de las Hijas de Caridad, pero *la dirección efectiva e inmediata* queda en manos del superior general de la misión y sus sucesores, *como lo determinan concretamente los reglamentos aprobados*. Pero todavía a esta altura la compañía no tiene una aprobación de valor universal. Ha llegado a las diócesis de Nantes, Richelieu, Fontainebleau, a Polonia . . . a donde no llega la autoridad del arzobispo de París y donde un obispo podría deshacer lo que otro hizo. No verán los dos fundadores ese día. Pero no dejará de crecer y robustecerse su obra, edificada sobre la roca firme de la Palabra y conducida por el Espíritu que infunde la caridad a su Iglesia. Luisa de Marillac fallece el 15 de marzo y Vicente el 27 de septiembre de 1660. En 1668 Roma se pronunciará por boca del cardenal de Vendome, Legado en París del Papa Clemente IX: la S. Sede aprueba sin cláusula alguna restrictiva no ya una cofradía sino una "Congregación o Comunidad", y delega en el Superior de la Misión sin mencionar la jurisdiccción del arzobispo de París. Así quedaba, de todos modos, cumplido el sueño de Luisa de Marillac, de asegurar para sus Hijas la dirección espiritual y la unidad de gobierno mediante el superiorato de Vicente de Paúl y de sus sucesores a la cabeza de la Misión.

No terminemos este aparte antes de preguntarnos cómo fue la autoridad que ejerció S. Vicente en su tiempo sobre la compañía de Hijas de la Caridad. Se la llamó "dirección", "superiorato", y él habló de "jurisdicción" por mandato de la Iglesia. Se trató sin duda de la potestad dominativa que ejerce todo superior para dirigir a los miembros de una comunidad hacia el fin que señalan las constituciones y el derecho común; pero en S. Vicente esta potestad tuvo prerrogativas que posteriormente van a provenir de un verdadero poder de jurisdicción. Textos y testimonios de la época nos lo describen actuando con autoridad en el gobierno general de la Compañía al lado de la Superiora General, presidiendo el consejo general semanal, disponiendo de la disciplina general, haciendo y ordenando la visita canónica de las casas, presidiendo las elecciones para los cargos mayores de la comunidad, decidiendo con la Superiora General del ingreso, emisión de votos (" . . .obediencia al reverendo superior general de la congregación de la Misión", dice la primera fórmula de puño y letra de S. Luisa), y despido de miembros de la comunidad, organizando la vida sacramental de sus Hijas y dando jurisdicción (después sólo se hará designación) a los confesores de las mismas, decidiendo de nuevas fundaciones, de administración de bienes . . . A los historiadores y canonistas les toca resolver los intríngulis de estos hechos en su relación con los códigos de leyes. A nosotros nos toca recoger este valor de herencia primigenia y ver qué nos queda para los tiempos que vivimos.

4. A la hora del aggiornamento

La singular institución vicentina navegó durante tres siglos por aguas no siempre tranquilas, no con bandera de pirata, pero tampoco alineada en la flotilla de instituciones religiosas de estructura uniforme acogidas a la bonanza de una clara identidad jurídica. Justo en el tricentenario de la primera aprobación por el Arzobispo de París, en octubre de 1946, la S. Congregación de Religiosos declaró oficialmente la existencia de una legítima sujesión de las Hijas de la Caridad al Superior General de la Misión, y Pío XII, "concedió", para ratificar el privilegio poseído por la Compañía desde su fundación, la exención con respecto a los ordinarios de lugar. Unas Constituciones elaboradas según el rigor del Código y aprobadas en 1954 por Roma sancionan todas las conquistas anteriores y especifican la doble *potestad dominativa y de jurisdicción* reconocidas por la Iglesia y por las Constituciones. Iguales afirmaciones se contienen en las nuevas Constituciones y Estatutos provisionales de la asamblea general de 1969, retocados por la de 1974. La lista de atribuciones del Superior General según las últimas Constituciones coincidiría , finura más finura menos, con la ya citada a propósito del mismo Vicente de Paúl. Lo que llama la atención es el texto de expresión muy pastoral y de contenido muy vicentino, en el n.219 de las Constituciones actuales: "Desde su origen la Compañía de las Hijas de la Caridad quiso someterse a la autoridad del Superior General de la Congregación de la Misión, sucesor de San Vicente de Paúl. Las Hijas de la Caridad le reconocen y le aceptan como representante de Dios que las ayuda a mantenerse en su espíritu propio y a cumplir bien su misión en la Iglesia".

Encuentro aquí varias afirmaciones que merecen destacarse:

1. La sujeción al Superior General de la Misión es una opción carismática original, no una imposición foránea. Es el reencuentro del anhelo profundo de Luisa de Marillac.

2. Las actuales Vicentinas al realizar su aggiornamento ven que éste se hace retornando a las fuentes.

3. Sin fanatismos y sin complejos, valoran la "ayuda" providencial que esta institución encierra; es una buena expresión que no absolutiza ni minimiza la importancia de la institución. Las nuevas Constituciones explicitan que ese superiorato no obstaculiza la autonomía de la comunidad; será un retoque indispensable para clarificar *el sentido complementario* que tiene en el carisma vicentino el superiorato de nuestro General con respecto a las Vicentinas.

4. *"Mantenerse en su espíritu propio* y *cumplir su misión en la Iglesia"* son para mí expresiones positivas de los temores de Luisa de Marillac de que sin la dirección de S. Vicente "la compañía *cesaría de ser la misma* y los *pobres enfermos no tendrían quien los socorriese".* La intuición inicial, las experiencias fundacionales, la vivencia de tres siglos, las leyes actuales, la aceptación consciente de las Vicentinas de hoy son pasos en un proceso carismático que se demuestra llamado a recorrer todavía mucho camino.

Saco dos conclusiones:

1. En el carisma vicentino *la dimensión hombre-mujer,* a partir del binomio Vicente de Paul-Luisa de Marillac, tiene lugar eminente como *elemento de fecunda acción apostólica* en el campo de la organización y el gobierno y como *vivencia ejemplar de la castidad* por el Reino considerada como un modo concreto de realizarse en el amor y en el sexo.

2. La *vida consagrada es un espacio de libertad carismática en la vida de la Iglesia.* En él el Espíritu renueva y crea movimientos e instituciones singulares llamadas a abrir brecha. ¿Sin ese hálito profético, tiene razón de ser la vida consagrada? El momento carismático tiene que desembocar en el momento institucional si se lo vive en auténtica obediencia al Espíritu. La Iglesia en sus instituciones va abriendo campo misteriosamente a las novedades del Espíritu. A veces se tardará tres siglos, pero entre tanto ha dejado vivir y ha respetado el carisma. Podemos hacernos hoy esta reflexión que se hacía San Vicente de Paúl: *"Lo que Dios ha hecho ya por nosotros en el pasado es lo suficientemente grande como para que podamos esperar el porvenir con fe y confianza".*

[1] Es obvio que la sujeción de las Hijas de la Caridad al Superior General de los Vicentinos no da a éstos autoridad alguna sobre la comunidad de las Vicentinas. Todo ministerio al servicio de las Vicentinas es una colaboración que los Sacerdotes de la Misión prestan a su Superior General, único que tiene la responsabilidad de dicho gobierno. En las Constituciones de los vicentinos hay este artículo: "Colaboraremos de una manera especial con las Hijas de la Caridad según el espíritu de nuestra vocación común; y, cuando los superiores nos destinen a este ministerio, lo aceptaremos de buen grado, para que crezcan en el amor de Dios y en el servicio del prójimo" (art. 24).

[2] La elección del Superior General depende exclusivamente de la asamblea general de los Vicentinos. La Compañía de las Hijas de la C." desde su origen quiso someterse a la autoridad del Superior Gen. de la Misión"; y es evidente la imposibilidad de concertar alguna participación de las Vicentinas en dicha elección.

[3] El propio S. Vicente, desde 1640, se hizo ayudar por varios padres de su comunidad en el servicio a las Hijas de la C., en calidad de Directores o representantes permanentes suyos. Hay un Director General y Directores provinciales, nombrados por el Superior General directamente, y constituidos como animadores espirituales de la respectiva provincia.

LA MUJER EN LA VIDA RELIGIOSA*

María Elena Toro Ruiz
Vicentina

Misión y libertad:

La persona que atiende la invitación que Cristo le hace para participar en forma directa y especial en su misión de amor, orienta su vida con la óptica divina; la responsabilidad de su compromiso se enraiza en la voluntad salvífica y su vida no puede sino estar iluminada con la vida de Cristo y centrada en realizar su voluntad con alegría y libertad; la alegría y la libertad de los que le pertenecen y por las que goza del empuje vital del amor de Dios y de los hermanos.

Todo hombre tiene una tarea que cumplir, en el acontecimiento salvífico y para esto necesita ser libre; y la persona, en este caso la mujer que orienta su vida de pertenencia exclusiva a Dios en el servicio a los hombres en una Congregación Religiosa, necesita tener clara conciencia de su libertad, de su condición de "ser libre", "mujer libre". Está en el mundo, en un lugar determinado, en una actividad específica, y tiene que sentirse "ella misma", auténtica, sin presiones ni complejos; esta condición libre la va conquistando en el proceso de su vida, y en la medida en que conozca a Cristo; sólo El podrá indicarle el camino y disponerla, para que en todo logre su plena realización y "busque primero el reino de Dios y su justicia".

* Las afirmaciones que hago aquí son el resultado de reflexiones y observaciones sobre hechos de la vida ordinaria en la Vida Religiosa. Son DATOS o EXPERIENCIAS y como tales sólo permiten expresarlos; no haré pues ningún análisis, y menos intentaré probar nada.

"El hombre se define por su responsabilidad ante la historia y ante los demás", dice la Constitución G. S., No. 55; pero esta responsabilidad, esta correspondencia al plan de Dios no se da sin una libertad –espiritual y humana–, que capacita a la persona para asumir los riesgos y los esfuerzos que este plan requiere. En la Vida Religiosa la libertad está condicionada al nivel de cultura espiritual y humana, al sentido de la propia dignidad. Los medios para una feliz convivencia y un servicio efectivo a la comunidad están a su vez condicionados por el ejercicio de la libertad.

Lo anterior nos consta por experiencia y todos entendemos la importancia que se debe dar a la formación espiritual, humana y profesional de las personas que hacen una Congregación; pero, permítanme sin embargo repetir que a la Religiosa y más a la joven que entra en Comunidad, hay que ayudarla a encontrar los elementos necesarios para su propio desarrollo en todos los campos. NO perdamos de vista que la Religiosa es una de las personas a quienes el Señor ha "encomendado sus pertenencias" y la Comunidad debe contribuir a enriquecerla con "talentos" para bien propio y comunitario. El clima de confianza, de fraternidad y de libertad en que se muevan sus miembros, les permitirá tener capacidad espiritual y los inducirá a hacer fructificar sus talentos, lo cual es prudencia y honradez; lo contrario es infidelidad; y no queramos contribuir a una infidelidad. En una Comunidad Religiosa, todos somos igualmente responsables en todo; los unos recibimos de los otros y todos formamos la familia religiosa.

El grado de convicción en los principios, y de compromiso en la FE, así como el sentido de la vida, se entrevén en las situaciones concretas de la vida de la Religiosa. Veamos, a modo de ayuda para valorar o revisar los pasos que se dan o deben darse en la construcción de una comunidad, algunas manifestaciones de plenitud o de descontento que se observan frecuentemente en la mujer religiosa.

Personalidad femenina y Vida Religiosa:

Sabemos que la naturaleza humana tiene dos maneras de manifestarse: la masculinidad y la femenidad y que cada una se expresa en su propia condición. La feminidad, concretada en la persona llamada mujer, tiende a lo vivo, a lo personal, y esto le lleva a vivir intensamente, toda experiencia de realización, de servicio, de delicadeza, de aceptación y dedicación. Hoy la mujer que opta por la Vida Religiosa es más dueña de sí; no renuncia, ni pretende añadir nada, a su ser femenino; sólo decide dimensionar su existencia, su ser de mujer, en una forma de vida que aceptada como estado, le permite desarrollar su personalidad y vivir su consagración bautismal en una actitud dinámica.

A la mujer le repugna que no se comprenda su determinación de SER, de REALIZARSE, en la Vida Religiosa. Y es que no siempre se

cae en la cuenta de que a la mujer no hay que pensarla como un ser relativo al hombre, sino ante todo como un ser relativo a Dios; y por esto encontramos personas que se sorprenden ante la opción por la Vida Religiosa de una joven llena de atractivos humanos, intelectuales, sociales. Se olvida que la Vida Religiosa es una vida fecunda, social, intelectual y fraternalmente. La mujer que elige la Vida Religiosa, acoge los compromisos de su consagración con seriedad, alegría, espíritu comunitario, y va adquiriendo saber y experiencia; va comprendiendo que la Vida Religiosa es continuidad de la consagración bautismal, la única consagración religiosa y sacramentalmente concebida como expresión de aceptación personal de Dios.

Personalidad y pertenencia:

Toda persona tiene sentido de pertenencia a un grupo determinado y no por eso deja de sentirse idéntica a sí misma. La pertenencia de la mujer a la Congregación, a un grupo fraterno, no le mengua en nada su personalidad, sino que la supone y la exige; tampoco esta pertenencia la libra, de sufrir las tensiones propias del momento que vive el mundo al que pertenecen ella y su grupo; consciente de esto, asume su condición de mujer religiosa y asume también las exigencias de la forma de vida que ha elegido. Sabe que su personalidad logra pleno desarrollo, en la vida del grupo dentro del cual aparecen problemas que plantean interrogantes de índole personal o de relaciones interpersonales; está segura de que su personalidad se robustece en la medida en que se integre al grupo y tenga conciencia de sus valores y de los del grupo, y en la medida también de las posibilidades que encuentre para actualizar, o ejercitar dichos valores.

El grupo que recibe a la religiosa, le toma en su ser concreto y la ayuda para que desarrolle su riqueza humana, cristiana y profesional, pero sin querer enmarcar este desarrollo en el famoso "debe ser", porque con este criterio se neutralizan los dones que ha recibido para ser ella y no otra persona. La Religiosa que vive su consagración Bautismal en la Vida Religiosa, demuestra por su actitud, que el valor de su persona está en su fé, en su espíritu; que ha elegido lograr "la edad adulta en Cristo". a pesar de las incomodidades con las que tropieza, como las normas, a las que les busca algún sentido: es decir, que los fundamentos de su vida son influenciables sólo por cuestiones que estén en consonancia con sus principios.

ASPECTOS DE FE Y DE ACCION:

1. Vida de oración - acción:

Es experimentado por todos, que la cuestión sobre Dios surge cuando el hombre empieza a vivir seriamente su relación con los hermanos; y la Religiosa experimenta su necesidad de vivir a este Dios en una doble dimensión: dimensión de contemplación y dimensión de acción, vividas ambas en profundidad,

porque no se contenta con las actitudes de "medio color". La contemplación y la acción son dos momentos fundamentales en la Vida Religiosa aunque integrados y vividos maravillosamente, por la persona única, irrepetible, de la religiosa. Cuando la Religiosa vive esta doble dimensión, y la vive concienzuda y profundamente, puede decirse que la Iglesia está viviendo su vocación de esposa de Cristo; y es entonces cuando todos podemos entender el amor de Cristo a la humanidad; este dinamismo de la Religiosa, explica su generosidad, su alegría, su satisfacción. Dice San Juan en su Evangelio, que "A Dios ninguno le ha visto jamás", pero a renglón seguido afirma, que Cristo nos comparte su intimidad con el Dios tres veces Santo, al que El mismo nos dió a conocer. A Dios no lo vemos, pero sí lo experimentamos en lo más profundo, en lo más secreto de nuestro ser; a Dios se le percibe en una experiencia de totalidad de vida humana, siempre que haya apertura y capacidad para ello; a esta apertura la llaman las jóvenes religiosas "mirada de esperanza", o "apertura al misterio"; quieren decir, mirada hacia Dios, disposición para buscarlo y encontrarlo tanto en los aconteceres ordinarios como en los momentos de verdadero fervor espiritual.

No todas las religiosas entienden que el encuentro inmediato y personal con Dios debe marcar su vida; que deben colmar su espíritu de la vida de Dios, de su palabra, de su presencia y luego, emplear sus capacidades en la acción, a través de la cual Dios mismo se manifiesta. Hay quienes desconciertan por su desinterés en aspectos esencialmente espirituales de la vida. A la Religiosa temperamentalmente activa no le es fácil entender que la oración y la acción pueden fundirse, fusionarse en la vida humana, pero que cada una conserva su carácter, su propio valor; que cada una tiene significación especial y vital. Hay quienes valoran su aporte a la evangelización, por la actividad que realizan. No ven claro:

1o. Que la ORACION y más cuando ya es una definida ACTITUD PERSONAL, reclama un cese de actividad exterior para que el orante entre en el silencio, en la adoración, en la alabanza, en el diálogo íntimo y personal con "su Señor".

2o. Que la acción, —que puede ser oración, por la iluminación y las motivaciones evangélicas, cristológicas—, es un momento en la vida; un momento que debe tener ciertas cualidades de orden técnico, profesional, administrativo, etc.

2. Posiciones de interés:

— En la FIDELIDAD A LA FE, las Religiosas tienen puntos de vista, como éstos:

a. En primer lugar, para ellas la fidelidad a la FE no descansa en observaciones de Constituciones, de reglas, porque esta fidelidad —observancia—, no es la verdadera significación espiritual de la presencia de Cristo: por ello, más que de cualquier reglamento, se ocupan de

mantener un clima de fe, de vigorizar y expresar su fe y el carisma del Fundador, en modalidades, o formas nacidas de su propio ingenio y personalidad.

b. Inquietas por el crecimiento de su FE, hacen una distinción entre su piedad privada, personal y su piedad litúrgica. En la primera experimentan una cierta ansiedad y hasta tensión, porque en este buscar a Dios, no pueden evitar de pensar en sí mismas. En la piedad litúrgica hay conciencia de su ser de Iglesia, de su pertenencia a un grupo que se une por el mismo vínculo del bautismo. Advierten que su piedad litúrgica es más viva y las centra más en Dios, porque es oración de alabanza, de acción de Gracias "Eucaristía", hecha por el pueblo convocado para proclamar las grandezas y el amor de Dios; el sentido espiritual, existencial de esta oración espiritual, existencial de esta oración se manifiesta en la participación de los misterios, en la recepción de los sacramentos, en la recitación del Oficio Divino . . .

— En la concepción y expresión de la VIDA FRATERNA, se observa:

1. La Religiosa que toma la vida con seriedad, distingue entre "vida fraterna", y "vida común". Cuando se habla de vida fraterna, se habla de un sentimiento de amor que lleva a una puesta en común de todo lo que somos y tenemos; y se tiene en cuenta que lo primero que ponemos en común es nuestra propia persona com sus necesidades profundas de aceptación, de afecto, de libertad, de solidaridad, de autonomía, de toma de responsabilidades.

2. En la vida fraterna se siente gozo de compartir las preocupaciones, las aspiraciones, las alegrías, las penas, los fracasos . . . , gracias al don oblativo del amor. Este amor fraterno, es el que el proceso de la vida vaya ahondando, creciendo, haciendo más plena a la persona.

3. La vida fraterna hace que aparezca la necesidad de intercambios cada vez más intensos y profundos en el campo de los valores espirituales ante todo, pero no despreciando los intercambios sobre asuntos profesionales o de otro carácter.

4. La mujer equilibrada afectivamente, vive la verdadera amistad en la fraternidad; es la religiosa capaz de amar en profundidad y oblativamente; experimenta la verdadera fraternidad, o "comunidad de vida", de oración y de trabajo; y en todo impulsada siempre por la fuerza maravillosa del don del amor, pues no renuncia a esta dimensión de su feminidad, sino que la vive en otra forma, pero plenamente.

— Y para concluir, veamos el criterio que la orienta en su VIDA PROFESIONAL:

1. En el ejercicio de una profesión, la religiosa no tiene complejo de autoridad, sino sentimiento de servicio y de fraternidad; participa francamente en la vida profesional y apostólica de modo que su presencia es idéntica a la de las demás;

sólo se distingue por su posición frente al servicio y a las personas, en su criterio de SERVIR BIEN.

2. Encauza su vida en un anhelo de superación intelectual y físico sin perder su punto de vista moral y religioso: su vida tiene sentido en la profesión, cuanto más vigorosa sea su condición cristiana. Sabe que el ejercicio de su profesión en la Vida Religiosa es un medio de vivir una dimensión de su feminidad: el amor, que se hace servicio, ayuda.

UNA VIDA BELLA ES UNA VIDA QUE SE SUMERGE EN SU PROPIA VOCACION Y LO ABRAZA TODO EN EL AMOR Y EN LA ORACION.

Bases psicológicas de la vida religiosa de la mujer

Ricardo Baracaldo

Un mundo de ilusiones amanece en el alma de la joven. Se inicia el gozo de la propia epifanía. Se dibujan los sueños de una inminente gloria. Afloran los impulsos de salir de una minoría para proyectarse en la organización de una vida diversa de la propia familia.

La causa íntima de esta irrupción es la necesidad de afirmar el propio yo, y esto en forma original. Se inician las preferencias de personas y de formas de vida. Entre estas preferencias, la joven impulsada por el vigor natural y la generosidad del corazón, se inclina a la vida interior, al deseo de ser útil a los demás, de ayudarlos, de cuidarlos. Aflora a su fantasía la aspiración de ser plenamente mujer y la ve realizable en la vida religiosa.

En el presente estudio señalamos solamente algunos rasgos de la vida religiosa, pero sin profundizar, pues los límites de un artículo apenas dan margen para ilustrar el tema.

1. Características psíquicas de los sexos

El espíritu ciertamente no tiene sexo, pero el sexo caracteriza el espíritu y la actividad del mismo, imprime un sello a la persona y la condiciona para su actividad mental, afectiva y volitiva. El sexo afecta a la personalidad en todas sus dimensiones.

— La inteligencia.

El hombre se caracteriza por la actividad creadora. Los inventos son hallazgos del hombre. La mujer copia, cuida, ordena, conserva.

El hombre piensa, idea, conoce, razona; ella se apega a lo sensible, intuye, prejuzga, realiza.

El es objetivo, realista; abstrae, esquematiza, universaliza. Ella se adhiere a lo subjetivo y personal, tiende a lo concreto y sensible.

A él corresponde la invención, el espíritu de empresa, el descubrimiento científico, la actividad transformadora, centrífuga. A ella le incumbe el vivir en el presente, busca el detalle y no la esencia de las cosas; su actitud es estar en el centro del mundo; actitud centrípeta.

El llega al conocimiento de las causas, a la ciencia; ella se contenta con los fenómenos, los hechos, las personas.

La fantasía del hombre está conducida a la creatividad, la de la mujer a la impresionabilidad. El razona, ella habla.

El hombre vive de ideas; la mujer de experiencias.

— El sentimiento.

El hombre es duro, imperioso, inflexible, agresivo, impetuoso, nervioso. La mujer es delicada, respetuosa, condescendiente, tranquila.

El es frío, calculador, sustancial en sus afectos, de continuidad afectiva. La mujer es vanidosa, busca la elegancia, se contenta de superficialidades, de afectos pasajeros.

El busca lo verdadero; ella lo bueno y bello. El se sacrifica por una idea; ella por una persona. El es leal con sus principios morales; ella se acomoda a las circunstancias.

— La voluntad.

El es activo, ella calmada. El emprendedor, ella se atiene a lo tradicional.

El se consagra a las actividades científicas, técnicas, industriales, financieras y políticas y en muchos casos a las deportivas. Ella se consagra a las actividades familiares, hogareñas, a las amistades.

El en su actividad ejecutiva es lógico, prudente, coherente; ella es intuitiva, espontánea, práctica, caprichosa.

Los dos miran el mundo de modo diferente y actúan de acuerdo con sus experiencias religiosas respectivas y de una manera particular en las actitudes morales.

2. La vida espiritual del hombre y de la mujer

El modo de ser de cada uno de los sexos matiza la vida espiritual. El hombre camina hacia Dios con dificultad y dando rodeos, llega con la reflexión; ella va a Dios con el corazón, con el afecto.

El concepto del hombre acerca de Dios es más puro y espiritual, es

abstracto, acepta lo real y objetivo, la existencia de Dios y la suma de sus propiedades. Ella tiene un concepto primitivo de Dios, es más antropomórfico. Ve en Dios al Padre bondadoso y en él busca su apoyo y auxilio. Le queda fácil la entrega amorosa, la actitud afectiva, volitiva y humilde delante de Dios.

El encuentra dificultad en la práctica de la vida de oración, porque no siente la presencia de un Dios personal y espiritual y por su escasa fantasía y su frialdad afectiva. A ella le favorece por ser más perseverante, por su sentimentalismo y la ternura del corazón y por la viveza de su fantasía.

El no tiene deseos vivos de experimentar la vivencia de Dios, se cree autosuficiente, tiene gran respeto humano, temor al desprecio y le cuesta cumplir con sus deberes religiosos. Ella tiene una mayor pasividad y por lo mismo es más receptiva de la dinámica y presencia de Dios. De ahí que haya más almas místicas entre las mujeres que entre los hombres. Persevera en las prácticas religiosas, no experimenta dificultad para profesar y confesar en público su vida religiosa.

Cuando él logra vencer las dificultades, adquiere un concepto más espiritual de Dios, tiene mayor respeto, consigue una profunda idea de Dios y una total entrega al servicio de Dios y a la propagación del reino de Dios, permanece firme, decidido y perseverante en el dolor. En tales casos supera en intensidad de fervor a la mujer. Es un hecho que hay más santos canonizados que mujeres. Ella tiene el peligro de la ilusión, de la sugestión, caprichos, sentimentalismos, versatilidad y debilidad de voluntad. En sus conflictos íntimos rompe con sus prácticas, porque no cuida mucho las bases sólidas de la misma religiosidad.

La mujer vive mucho más la intimidad de Dios y su sentimentalismo le ayuda a la vicencia religiosa. Esto explica el hecho de que hay más mujeres piadosas y menos mujeres santas.

3. Características psicológicas de la vocación religiosa

La joven que ya ha vivido la adolescencia se separa de la mentalidad demasiado subjetiva anterior y retorna a la visión realística de la vida, al contacto con las personas, con Dios. Se le presenta en toda su viveza la aspiración a la independencia, a ser esposa, madre, reina, independiente de la familia de origen. Es la perspectiva justa y natural.

Cuando la joven en la plenitud de su equilibrio psíquico pondera las diversas formas de su libertad y responsabilidad en la vida, elige el estado de la vida religiosa. La elección obedece a que la mujer lleva en su persona el noble ideal de la maternidad y virginidad, porque éste es el ideal de la mujer. La maternidad es amor que se entrega y dona a sí misma. La virginidad es una excelsa reserva para ofrendar a Dios lo más bello del amor y de la personalidad. La maternidad inspira amor y respeto, seguridad. La virginidad despierta admiración, mística, venera-

ción. El ideal que la mujer busca es ser virgen y madre.

Por eso la religiosa que ha elegido la virginidad para ser esposa de Cristo debe aceptar la maternidad que ha de ejercer con el prójimo: niños, enfermos, ancianos, todos miembros de Cristo, Cristo mismo.

Esta doble polaridad hace que la religiosa se sienta plenamente mujer y pueda desarrollar su actividad dentro de un medio favorable. La felicidad de su vida depende de la conjugación armoniosa de un conjunto de características psicológicas que condiciona hermosamente su vida religiosa.

Las siguientes características las detectamos a través de la grafopsicología que nos suministra a través de la letra una auténtica radiografía de la personalidad.

1. Inteligencia. Es evidente que ésta es una cualidad base para toda actividad de la persona humana. La persona entra en una visión de su yo frente a una realidad conocida, la persona de Cristo. Se entabla una relación de significación de lo que es Cristo para su vida. La comprensión de un don divino, la hace optar por una respuesta personal a Cristo. La respuesta es una entrega a los distintos compromisos religiosos: votos, ascetismo, oración, vida sacramental, vida litúrgica, pastoral y muchas otras ocupaciones que conllevan capacidad de comprensión, deliberación, decisión en orden a una acción. Quien no tiene capacidades mentales suficientes es incapaz de asumir una vocación de gran responsabilidad, como lo es la vocación religiosa.

2. Conformismo-originalidad. El conformismo es una capacidad de adecuarse con facilidad y exactitud a cuanto se le prescribe al sujeto y de hallar satisfacción en el ejercicio de actividades que le impone el ambiente. La originalidad en cambio es un impulso irresistible que lleva a la persona a rechazar la norma con algo propio y que expresa gustos personales y en desacuerdo con el ambiente, por lo mismo gustos originales. Es evidente que la intensidad de una cualidad disminuya la intensidad de la otra. Esto hay que tenerlo en cuenta según que la comunidad se dedique a una clase de actividades más bien que a otras.

3. Regularidad-variabilidad. La regularidad es la inclinación a vivir una vida metódica en todo. A la persona le gusta en el decurso uniforme de la vida una gran paz, ama tal uniformidad y desea asegurarla y rehuye la vida agitada y tumultuosa. La variabilidad por el contrario presenta variaciones muy intensas y brillantes, la proyección de un reflejo psicomotor que produce dicha variedad. En los dos casos evidentemente hay un fondo igual, pero variado según el estilo predominante que asuma la psique. Si la igualdad se torna rígida, hallamos la regularidad muy acompasada, pero si se torna brillante y vivaz, entonces encontramos la variabilidad. La vida religiosa hoy encaja en cierto equilibrio moderado, pero sin la rigidez de la monotonía del estilo uniforme.

4. Fantasía. Es un factor de vigor mental y volitivo que impulsa hacia la perfección. Contribuyen al realce la originalidad, variabilidad y una moderada impetuosidad y movimiento. Otras tendencias pueden perdujicar la riqueza de la mente como son la pasionalidad, exageración de conceptos ideales y a las veces el estetismo ideal y otras varias tendencias de carácter idealista. Una sabia moderación de todos estos elementos puede ser una garantía de éxito en la labor perfectiva personal y en la pastoral.

5. Sensibilidad a la voz de la conciencia. La base para una vida consagrada al servicio de los demás y con la dinámica interior la constituye un conjunto de tendencias que son como las cuerdas de una lira. Todas contribuyen para dar una melodía. La conciencia es sensible si concurren a formar un todo la rectitud, el gusto por la pureza, el amor a las acciones claras, la nitidez moral, el respeto a la voluntad ajena, la abnegación y el espíritu de sacrificio.

6. Sensibilidad ascética. El ascetismo es un fenómeno psicológico-religioso que impulsa al hombre a entregarse, a vencerse, a superarse, a elevarse hacia una meta, a Dios con un esfuerzo y un sacrificio para alejar todo lo que se opone al pleno dominio de la Divinidad. Este gusto por el sacrificio de sí mismo a la Divinidad produce un placer y gusto espiritual. Produce una innegable dicha el vaciarse de sí mismo para que la Divinidad invada el ser. Esta disponibilidad la da la ternura, la condescendencia y la abnegación que asume toda clase de sacrificios.

7. Sensibilidad mística. Esta finura y sensibilidad es efecto de una ternura que tiene una dirección bien definida hacia el origen, hacia lo espiritual y divino. Esta tendencia produce un exquisito placer por todo lo que se relaciona con lo arcano y divino. La inteligencia iluminada por Dios llega a percibir la presencia de Dios y a conmoverse y enternecerse por todo lo que es huella de Dios o su imagen y hace que se descubra con viveza la presencia, la teofanía de Dios en sus criaturas.

8. Tendencia a la perfectabilidad. La tendencia a la perfección no nace espontáneamente, es fruto de una disponibilidad de la naturaleza y de la gracia. Es una idea en la que se polarizan todas las energías de la persona. Es el ideal que surge en el espíritu y que encierra todas las luces, las emociones y todas las energías de la voluntad. Surge en el orden natural de la iniciativa innovadora y de la automoderación. Conlleva además todos los factores de vigor y de perseverancia para que surja en plenitud lo que constituye la verdad suprema hacia la cual tiende el ser que se desarrolla armónicamente.

9. Contemplatividad-actividad. La contemplatividad es una cualidad que lleva a la quietud y al silencio, porque en ausencia del movimiento y del ruido saborea en la naturaleza y en las cosas un sentido arcano de la belleza que lo enternece y lo ele-

va a la más pura espiritualidad y le hace gustar la belleza, la bondad y la poesía de Dios.

Las comunidades hoy tienden en su mayoría a una labor pastoral y de ahí que la dinamicidad, la actividad es un elemento adecuado a su fin apostólico. La actividad fluye de la impetuosidad que caracteriza al sentimiento y a la voluntad. En la inteligencia señala la fuerza inicial de toda actividad de la persona y de toda empresa. Tanto en la contemplatividad como en la actividad el término de las dos ha de ir hasta el hombre visto desde el ángulo de la fe.

10. Movimiento-quietud. El movimiento es una actividad no común de la fantasía encaminada a la búsqueda de la solución oportuna con un gran sentido de responsabilidad y de una actividad equilibrada, sin que experimente repercusiones psicomotrices desordenadas. Este movimiento acentúa la confianza en los propios medios mentales con una gran capacidad de vigor mental y actividad extraordinaria de la fantasía y una capacidad acentuada de dominio del ambiente. La carencia de este movimiento da la quietud y calma que debilita bastante la acción de la persona.

11. Expansión-ánimo cerrado. La expansividad es una hermosa cualidad de enlace con los demás y da lugar al optimismo, al buen humor, a la jovialidad, a la alegría y facilidad para la acción y sociabilidad. La carencia de este elemento produce ánimo cerrado, introversión, egoísmo y amor propio.

12. Altruismo-egoísmo. El primero es un elemento valioso que constituye un factor que nos lleva a obrar en bien de los demás y está compuesto de las siguientes tendencias: comprensión, generosidad, condescendencia, abnegación y continuidad afectiva. La carencia da lugar al egoísmo absoluto.

13. Capacidad de gobierno. Esta es una cualidad decisiva en la vida de la sociedad. La capacidad de coordinar los grupos centuplica las fuerzas y logra éxitos insospechados. La voluntad fortalecida por el espíritu de empresa, la actividad y dinamicidad, la imperiosidad, comprensión y sensibilidad para insinuarse en el ánimo de los demás, constituye un elemento de transformación y conquistas en todos los campos. Estas cualidades se enriquecen cuando quien las posee, domina las diversas tácticas para la conquista del corazón humano.

14. Indocilidad-docilidad. La indocilidad está caracterizada por actitudes que coordinadas constituyen un muro difícil de superar en lo social. Son la inflexibilidad, la repulsividad, tensión nerviosa, reacciones bruscas, impulsividad, fuga de sacrificio, testarudez mental, imperiosidad, fogosidad agresiva e independencia. En la medida en que estas tendencias estén ausentes se llega a una actitud de docilidad que es una garantía para la colaboración y vida comunitaria.

15. Deprimibilidad. Hay un conjunto de tendencias que ofrecen dificultades en las comunidades por la presencia de una persona afectada

por la vulnerabilidad interna o susceptibilidad, por la depresión y pesimismo, por el abatimiento que producen angustia, desmoralización y renuncias absurdas. Esta tendencia es a las veces muy peligrosa cuando no tiene defensas en la misma naturaleza.

16. Desequilibrios psíquicos. La grafopsicología tiene posibilidades de determinar por la escritura el estado de irresponsabilidad en acto o en potencia total o parcial, lo mismo que las enfermedades mentales producidas por traumas psíquicos o por excesos de tendencias inmovilizantes, de obsesiones o por excesos de oscilaciones psíquicas. La grafopsicología ofrece posibilidades de conocimiento y a la vez de tratamientos adecuados para superar los conflictos interiores.

El ideal para una vida religiosa es la posesión equilibrada y armónica de tendencias que aseguren la plena salud mental y las dinámicas que lleven a una perfectibilidad de la vida personal y comunitaria.

Formación a una vida religiosa fortalecida por la abnegación

La CRC, en su deseo de ofrecer a todos los religiosos del país un servicio eficaz que pueda ayudarles en el esfuerzo de renovación, presenta en esta oportunidad un estudio de las HH. Salesianas. En este documento, labor de una provincia para su último Capítulo Provincial, podemos percibir un planteamiento muy inteligente y equilibrado que da pistas muy valiosas para una adecuada promoción de la religiosa, tal como están tratando de hacerlo todas las comunidades femeninas.

Este trabajo resulta ejemplar por el equilibrado acierto con que se entrelazan en él los elementos femeninos y religiosos, lo mismo que las actuales pistas de renovación que inquietan y estimulan en América Latina y las notas características del carisma Salesiano. De esta manera nos demuestran las Salesianas cómo la abnegación, lejos de ser una actitud despreciable por inactual, es una de las virtudes más importantes y necesarias, por lo seria y exigente, en el actual empeño de renovación y más cuando nos ponen de manifiesto cómo la persona abnegada es la que mejor conoce y vive la alegría y el talante festivo, virtudes singulares del carisma salesiano.

Esta clase de documentos tienen una importancia excepcional porque nos permiten apreciar la verdadera vitalidad de la Vida Religiosa en Colombia. Por eso seguimos invitando a todas las comunidades a que nos envíen trabajos, cuya seriedad y profundidad sirva a todos de testimonio y ejemplo.

1. Introducción

El camino de liberación integral de la persona humana, por el cual ha entrado nuestra pastoral en América Latina, encauza todo esfuerzo en la búsqueda del bien del otro, con caracteres de urgencia ante las necesidades creadas por las situaciones y el inmenso número de marginados.

Por eso la ABNEGACION, tiene un sentido específico para nosotras, dada nuestra vocación religiosa apostólica, que está en función de los demás, como actitud permanente de servicio. Este concepto se fundamenta desde la perspectiva de Dios: se anonadó para que nosotros viviéramos.

Aunque no desconocemos el aspecto renuncia, de dolor y de muerte del misterio pascual y de la vocación de la Hija de María Auxiliadora en la "sequela Christi", hemos optado aquí por tratar este tema desde los valores positivos de la entrega a la misión, en la consagración religiosa, siguiendo esta idea:

CONSAGRADAS CON VOTOS - EN COMUNIDAD - PARA BIEN DE LAS JOVENES SEGUN NUESTRO CARISMA.

2. Fundamentos doctrinales

"Si el grano de trigo, después de echarlo en tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto". . . (Jn. 12,24).

El sentido sacrificial de la vida religiosa se pone de manifiesto en la Evangelica Testificatio. Pablo VI dice a los religiosos: "En el momento de vuestra profesión religiosa, habéis sido ofrecidos a Dios por la Iglesia, en íntima unión con el Sacrificio Eucarístico. Día tras día, este ofrecimiento de vosotros mismos, debe convertirse en realidad concreta y continuamente vivida". E.T. 34).

Esta unión a Cristo en su sacrificio redentor, supone ABNEGACION, renuncia a valores reconocidos como tales. "Los consagrados son "reservados" a Dios como porción santa que elige vivir, no según los esquemas de este mundo. Pero esta consagración como reserva, no significa que Dios necesita hombres para sí, porque es el Absoluto y se basta a Sí mismo. Si se reserva personas y las consagra, es para re-enviarlas, con más profundidad, en misión divina al mundo. La consagración-reserva y la consagración-renuncia al mundo, no significan negación del mundo, sino misión en el mundo. No es aislamiento, sino inserción en el mundo en nombre de Dios". (CLAR. "La vida según el Espíritu. . . de A.L. 40).

"La forma concreta de consagración de los religiosos, es hecha hoy por los votos de castidad, pobreza y obediencia. Los votos guardan la dialéctica de reserva y misión". (CLAR. "La vida según el Esp. . . de A.L. pag. 48).

En la historia de la Congregación Salesiana, Dos Bosco, por mociones de lo alto, por experiencias de vida y por la palabra autorizada de Pío IX, vió que la consagración religiosa potenciaba el dinamismo de sus colaboradores, para entregarse a la misión salvífica entre los jóvenes. Esto lo decidió, contra lo que fuera su primer proyecto apostólico, a fundar la Sociedad de San Francisco de Sales y el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Por esto, nuestra vida salesiana debe ser una CONSAGRACION PARA VIVIR COMUNITARIAMENTE EN FAVOR DE LA MISION, que concretamente, es una presencia liberadora entre la juventud más necesitada, que en América Latina, por la situación angustiosa de subdesarrollo bajo todas sus formas, pide de nosotras, H. de M.A., una inaplazable entrega, una desinstalación de posiciones cómodas, un asumir su situación dolorosa, para poderla redimir.

3. Realización en los votos

a. Castidad

"Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn. 15,13).

"La virginidad consagrada es signo de amor de Dios, de entrega total a su servicio, de capacidad de amar más honda y universalmente". (Pironio, "La Iglesia, pueblo de Dios").

"Su amor de consagradas, impulsa a las religiosas a cooperar con Cristo en la salvación de todos". (CLAR, "La vida según el Espíritu. . . de A.L. pag. 27).

"La dimensión social de la Castidad, reside en el dinamismo que genera para la donación a los otros. Por eso, la castidad virginal no quita la dimensión social y afectiva de la personalidad, sino que la universaliza". (CLAR. "La vida según el Esp. . . . de A.L. pág. 42).

"El educador, es una persona consagrada al bien de sus discípulos, por lo que debe estar pronto a soportar cualquier contratiempo o fatiga, con tal de conseguir el fin que se propone". (Sistema Preventivo de S. Juan Bosco).

La verdadera ABNEGACION es la otra cara del amor, que se opone al egoísmo para poder servir a Dios en los hermanos.

Constataciones:

— La situación de la mujer en el mundo de hoy, ha sufrido cambios profundos, debido al avance de las ciencias antropológicas y a la revalorización del humanismo comunitario, todo lo cual la reclama siempre más fuera de los límites del hogar o de la casa religiosa, aumentando así sus relaciones.

— La educación mixta gana terreno hoy en todas partes; esto exige una más sólida formación.

— Las religiosas, por su número, muy superior al de los sacerdotes y religiosos, y por su "dedicación y abnegación, están hoy en posición de ejercer todos los oficios que la Iglesia les pueda confiar". (Declaración del P. Arrupe al Sínodo de Roma, Octubre de 1974). No siempre se han entendido estos diferentes oficios y al minimizar la figura de la Religiosa, se la ha reducido exclusivamente a prestaciones de orden doméstico.

— Una manera de entrega a los demás, con estilo salesiano, es la asistencia, considerada como presencia educativa que se encarna en la vida de los jóvenes y que exige una gran abnegación.

-- Dado que el Perfectae Caritatis señala para conservar la Castidad, el uso de los medios naturales, consideramos que la distensión es muy necesaria al equilibrio psicológico de las personas y a la armonía de las comunidades.

b. Pobreza

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos". (Mat.6,20).

"El Espíritu del Señor está sobre mí, puesto que me ungió para evangelizar a los pobres y me ha enviado a anunciar a los cautivos la liberación". (Lc. 4,18).

"La vida religiosa no se define como una serie de renuncias personales, ordenadas a la perfección de cada uno. . . su tarea más específica es hacer que nuestras comunidades vivan en la pobreza y presten a la Iglesia y al mundo el servicio . . . de hacer ostensibles las promesas del Evangelio". (CLAR. "La pobreza y la vida religiosa en A.L. No. 98).

"La pobreza de tantos hermanos clama justicia, solidaridad, testimonio, compromiso, esfuerzos y superación para el cumplimiento pleno de la misión salvífica encomendada por Cristo". (Medellín, "Pobreza de la Iglesia" No. 7).

"Preocupaos especialmente por los pobres. . . procurad que el mundo conozca que sois pobres, en el vestir, en el comer, en las habitaciones, y seréis ricos ante Dios y os adueñaréis de los corazones de los hombres". (Memorias bibliográficas XI. págs. 389-390).

"Totalmente olvidada de sí, Sta. María Mazzarello realizó en profundidad y extensión el plan de Dios". (Dalcerri, "Alma conducida por el Espíritu Santo". pág. 25).

"Efectivamente, creemos que hoy más que nunca la Iglesia necesita para su misión, de la presencia activa de las comunidades religiosas, que sean verdaderamente sacramentos vivos del Reino de Dios en favor de los pobres". (CLAR. "Pobreza y vida religiosa en A.L. N. 90).

"Ser pobres, nos dice San Francisco de Sales, significa vivir en comunidad". (Actas del Cap. Gral. Especial, Salesianos, No. 606).

"Hoy el mundo nos pide que demos testimonio de pobreza en la sencillez de nuestra vida, en la austeridad de nuestras casas, en la generosa entrega a los desposeídos; pero sobre todo nos exige que seamos almas pobres, que no lo saben todo, que no lo tienen todo, que no lo pueden todo, que necesitan de Dios y de los otros . . . La pobreza no es protesta contra nadie, sino pura afirmación de Dios". (Pironio. "La Iglesia, Pueblo de Dios" pág. 50). Y en el campo de pobreza, en esto debe consistir nuestra ABNEGACION.

Constataciones:

— Se advierte en el momento actual, como un signo de los tiempos, una fuerte corriente de solidaridad con los pobres, suscitada por la realidad y por las nuevas corrientes antropológicas y confirmada por las encíclicas pontificias y otros documentos de la Iglesia.

— Hay un marcado rechazo a los ricos —entre ellos estamos considerados los religiosos—. Según las estructuras actuales, "los ricos son cada vez más ricos, y los pobres, cada vez más pobres". (Pop. Prog. No. 57).

— Una porción preocupantemente grande de la juventud latinoamericana no tiene acceso a la educación, porque pertenece en su mayoría a clases sociales pobres y marginadas.

— En medio de estas inquietudes y exigencias se desarrolla nuestra misión de H. de M.A. consagradas en comunidad, para la juventud, especialmente la más pobre.

— Nuestra presencia entre los pobres, no puede ser un testimonio inactivo, sino un servicio dinámico, que implique un compromiso efectivo en su liberación.

— Las actuales situaciones exigen una interpretación original ante la pobreza y ante los pobres, que reclaman riesgos en la búsqueda, y hay que correrlos, so pena de ser infieles al Evangelio. (Cfr. CLAR. "Pobreza y vida religiosa". No. 1).

— Todas estas inquietudes han entrado en nuestra Inspectoría, creando la exigencia de una revisión urgente de nuestras obras y de nuestra pobreza religiosa, para que sea un compromiso según los tiempos y lugares.

— Nuevas visiones sociológicas, nos confirman el hecho . . . ganarnos el pan con el trabajo, como lo hacen los pobres.

c. Obediencia

"He aquí la esclava del Señor". Lc.1. "Se hizo obediente hasta la muerte y

muerte de cruz; por eso Dios lo exaltó". (Fil. 2, 8).

Según el P.C., los religiosos, por la profesión de la obediencia, ofrecen a Dios, como sacrificio de sí mismos la plena entrega de su voluntad y por ello se unen más constante y fielmente a la voluntad de Dios. (P.C. 14).

Una actitud de ABNEGACION en la línea de la obediencia nos debe llevar a hacer coincidir la propia voluntad con la de Cristo, que fue la voluntad de salvación para la humanidad entera, que le pidió el completo anonadamiento para asumir, desde dentro, la condición de esclavitud del hombre, a fin de liberarlo. (Cfr. Fil. 2, 4-9).

La CLAR presenta aún más concretamente este nuevo concepto de obediencia, definiéndola como "actitud activa de total disponibilidad frente a la voluntad salvífica de Dios, manifestada en los proyectos de vida y de acción que la comunidad ha asumido conjuntamente en la búsqueda de la misión. Ser obediente, tanto para el responsable de la comunidad, como para los demás miembros, consiste en ser fieles a este proyecto, que muchas veces exige serias renuncias a conveniencias personales". (CLAR. "La vida según el Esp. . . . . en A.L.". pág. 43).

Don Bosco consideraba la obediencia principio de una fuerte unión comunitaria, con una finalidad apostólica. Así lo expresaba en una conferencia: "Si nosotros, considerándonos miembros de este cuerpo que es nuestra Sociedad nos prestamos a cualquier función que nos toque realizar, si este cuerpo resulta animado del espíritu de caridad y guiado por la obediencia, tendrá en sí mismo el principio de la propia subsistencia, y energía para llevar a cabo grandes empresas para gloria de Dios, bien de las almas y salvación de sus miembros". (M.B. IX, pág. 573).

Constataciones:

– Se nota un esfuerzo por parte de las Superioras para obedecer al plan de Dios respecto a cada Hermana, manifestado en su carisma personal, tratando de integrar éste al plan pastoral de la Inspectoría.

– Se planifica comunitariamente el trabajo del año, lo cual favorece el compromiso de la comunidad en su realización.

– Una manifestación de la falta de ABNEGACION es la dificultad que se encuentra:

a. al no saber renunciar a un criterio individualista para asumir los compromisos comunitarios;

b. o porque es la comunidad la que no asume en su totalidad la responsabilidad apostólica.

– La pasividad en ejecutar lo mandado y el temor a correr el riesgo, han impedido desarrollar toda la creatividad apostólica.

Propuestas:

- Preparar adecuadamente a las Hermanas para que puedan colaborar en la animación de grupos mixtos, donde sea necesario, e insertarse eficazmente en la pastoral de conjunto.

- Una conveniente distensión para las Hermanas podría hallarse en la práctica razonable del deporte y en el uso responsable de los M. C.S.

- Establecer relaciones más cordiales y contactos más frecuentes con la propia familia, lo cual contribuye a la serenidad y provecho espiritual de las Hermanas.

- Los horarios y nuestras formas de clausura, deberían adaptarse a las nuevas situaciones de la misión.

● Revisar si las formas de asistencia actuales son índice de la entrega personal y si corresponden al pensamiento de Don Bosco y a las exigencias de nuestra misión.

● Formación permanente a la pobreza responsable, que nos haga vivir a ejemplo de Cristo, en actitud de servicio, para bien de la Comunidad y de las jóvenes, recordando que El no vino a ser servido, sino a servir.

● Las comunidades busquen encarnarse mejor en el ambiente, permitiendo experiencias de nuevas formas de pobreza, sometidas a oportunas revisiones.

Alegría y Testimonio

La vida que se alimenta constantemente de las realidades de fe y entrega, lleva como consecuencia el despertar de la alegría y de la jovialidad; gratuidad de una vida que se va despojando y va creando espacio interior para que Dios y su gracia lo llenen; capacidad creciente de donación a los hermanos, como testimonio de la resurrección, que se anticipa y anuncia. Entonces todas las cosas se transfiguran y se hacen "lenguaje de Dios". (CLAR "La vida según el Esp. . . . en A.L.". pág. 68).

La alegría cristiana, es un don inequívoco de la acción del Espíritu, cuando se ha sido fiel en la búsqueda de los valores del Reino. (Cfr. Gal. 5, 22). Es así como se vive el Misterio Pascual de muerte-resurreccción.

Va acompañada de un cúmulo de actitudes y relaciones humanas, que transforman intrínsicamente a la comunidad: paz, paciencia, benignidad.

Esta alegría, vista como carisma salesiano, está íntimamente vinculada a la vivencia eucarística, que es misterio y fuente de la comunidad cristiana, que reafirma y prolonga el Misterio de Dios en la construcción de una Iglesia nueva. Sin la Eucaristía, no habrá comunidad apostólica y sin ésta, no habrá consagración eficaz para la misión.

"La fiesta constituye el momento en que el hombre celebra la Palabra de Dios, como sentido de todo. Para poder festejar, el hombre, y especialmente el religioso, debe ser capaz de decir en lo profundo de su ser un *sí* y un sean *bienvenidas* a todas las personas y a todos los acontecimientos tristes y alegres.

En esta actitud jovial, el mundo se torna diáfano, transparente, porque la victoria del Señor sobrynuestro mal y nuestro pecado es capaz de derrumbar el muro que nos divide para abrazar así con amor todas las cosas, en actitud de gozosa conversión". (CLAR. "La vida según el Espíritu . . . de A.L. pág. 69).

Así lo entendió Don Bosco desde niño, cuando para hacer el bien a los jóvenes en su pueblo natalicio, hizo de saltimbanqui, de músico y de corredor. Trataba con los malos, porque con él se hacían buenos. Nadie resiste por largo tiempo el testimonio de una vida alegre.

Sta. María Mazarello murió cantando. Expresó así la alegría de su realización en el carisma salesiano. Había hecho por las niñas, lo que Don Bosco por los muchachos.

Constataciones:

– Es característica nuestra la práctica constante de la auténtica alegría. Otras comunidades religiosas y las alumnas lo reconocen y valoran.

– Ocasionalmente, se olvida que la alegría no se logra sin una constante ABNEGACION personal y comunitaria.

— Hemos valorado algunos elementos humanos de alegría, como recursos, convivencias, trabajos en grupos, diálogos, etc.

Empezamos a valorar los medios de distensión y el uso del tiempo libre.

Propuestas:

- Ofrecer a las Hermanas cursos de psicología de la personalidad, que las ayuden a descubrir y jerarquizar sus valores, a aceptar sus limitaciones y a conocer las posibilidades propias y ajenas en favor de la misión.

- Un conocimiento de las capacidades y habilidades de las Hermanas y el tener estos datos en cuenta antes de asignar las obediencias, dará una mayor eficacia a la labor de las Hermanas.

- Los descansos anuales y ocasionales han de proporcionarse con exquisito respeto a la persona humana, de acuerdo a sus necesidades.

- San Pablo nos recomienda: "Estad alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres siempre". "Que vuestra bondad sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca". (Fil. 4, 4-5). Haciendo esto nos convertiremos en evangelizadores de la buena noticia, misión que hoy la Iglesia nos encomienda en Latinoamérica.

Provincia "Nuestra Sra. del Rosario de Chiquinquirá" - Hermanas Salesianas - Bogotá.

P. RICARDO BARACALDO, CMF.

El P. RICARDO BARACALDO ha muerto. 30 de julio de 1975. La constatación de esta realidad resulta desconcertante y agobiadora para sus amigos. Su trato cordial, su claridad de ideas, su seguridad de criterios eran la manifestación espontánea de su rica personalidad y de su definición vocacional. Tenerlo al lado era recuperar la confianza en sí mismo. A su gran sabiduría y humanismo supo unir una sencillez sorprendente. Para llegar hasta él, hasta la riqueza de su trasparencia afectiva no había que pasar a través de sus muchos títulos, sino solo lograr encontrar la oportunidad que sus múltiples actividades le dejaban disponible para uno. Era en realidad un niño con quien se podía alternar sin gestos compuestos de antemano. Era un amigo y un hermano en el auténtico sentido evangélico de esas palabras, que él conocía tan bien.

Recuerdo que una noche, después de terminar una reunión en la comisión de teología de la CRC, lo invité a compartir nuestra cena frugal, además de haber podido disfrutar de su fino humor, siempre con el chascarrillo a flor de labios sobre personas y cosas, pude admirar la sobriedad de su vida diaria. Me contó cuáles eran sus hábitos alimenticios, muy sobrios, y su manera de trabajar y de descansar. Conocía muy bien algunos secretos de la psicología que le servían no solo para orientar a muchas personas, sino ante todo para orientarse a sí mismo en su vida austera.

Otro día estuvimos hablando largamente sobre la contemplación. Conocía maravillosamente a los místicos carmelitas, no solo por el estudio de sus obras, sino que también había estudiado detenidamente su letra como grafólogo. No hace falta haber leído a Santa Teresita para conocer su genialidad. Basta con conocer su grafía, me dijo. Y al mismo tiempo me dio unas pistas inolvidables para la comprensión de la contemplación a través de la Biblia. "Todos nosotros, a cara descubierta, —era su traducción que yo copié cuidadosamente— contemplamos como en un espejo la gloria del Señor y nos transformarnos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Señor que es Espíritu (2 Cor 3, 18). Ahora estaría constatando aquello que me añadió luego: "El mismo Dios que dijo: del seno de las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que reverbera en la faz de Cristo" (2 Cor 4,6). Y luego me habló de Romanos 8, 32-39; de Ef. 3, 14-21 y de Heb. 1, 3. Yo tomé todos estos apuntes y me fui feliz de haber tenido una oportunidad única de recibir una orientación segura en un tema apa-

sionante como el de la contemplación. Yo invito a todos los que quieran hacer una oración por este querido hermano, que tomen uno de estos textos que él me dio con tanto gusto y alegría y se pongan a meditarlo y a percibir esa presencia misteriosa tras de la cual ha resuelto escondérsenos ahora este niño grande que tanto nos hizo reir.

* * *

El P. Barcaldo nació en Manta, Cundinamarca, en 1914. Desde muy joven ingresó a la Comunidad de los Padres Claretianos. Estuvo en Roma estudiando durante quince años y en 1951 regresó con su doctorado en S. Escritura. En su tesis de grado, "la gloria de Dios según San Pablo", se le deslizaron sospechas que ahora estará constatando: La actividad de Dios es un dinamismo omnipotente de gloria. El resplandor divino es la filiación divina. Cristo difunde en todos el resplandor divino que procede del Padre para que sean la alabanza viva de Dios . . . Ahora estará solazándose de poder corregir, con todo su rigor científico, los posibles desenfoques o faltas de exactitud con que percibió el misterio deslumbrante del Dios uno y trino, razón de ser de su existencia.

Fue director de teólogos; profesor de S. Escritura y de psicología en varias universidades. Participó activamente en la preparación del Congreso Eucarístico Internacional que se celebró en Bogotá en 1968. Con tal motivo tradujo de las lenguas originales el Nuevo Testamento, que fue ampliamente difundido. Estaba preparando una traducción del Antiguo Testamento para América Latina. Trabajó intensamente en la predicación de retiros a religiosas y religiosos, lo mismo que al clero de todo el país. Y cumplía una alta asesoría psicológica y espiritual con gentes de todos los estratos sociales, en todos los cuales tenía grandes admiradores y amigos.

Actualmente estaba desempeñando el puesto de Maestro de Novicios en su Provincia, lo mismo que el oficio de Consultor provincial. Su clarividencia constituía una ayuda imponderable para su Provincia. Era miembro de la Comisión bíblica, de la Sociedad Mariológica y de la Comisión de Teología de la CRC. De su último viaje por Europa, en 1974, trajo cinco títulos más, entre ellos uno por su participación en el Congreso Internacional de Grafología.

Su último itinerario es apenas la culminación de una vocación ejemplar: murió a su regreso de Santa Marta, en donde había participado en el Congreso Mariano con la ponencia: "María, signo de esperanza".

La CRC rinde este pequeño homenaje de gratitud y admiración a nuestro gran amigo, hermano y maestro. Esperamos que ahora, en su gracia y en su gloria, nos inspire cómo debemos vivir nuestra esperanza.

Hernando Uribe C., ocd



VARIA
SA DESDE
si en el deporte
quieres triunfar
PONY Malta*
debes
tomar.
nutritiva.
vigorizante.
rica en
vitaminas.
un producto BAVARIA
Malta
BEBIDA de CAMPEONES
* Pasteurizada

Impreso en Editorial PAX

